Don DeLillo

Body Art

Después del inexplicable suicidio de su marido, el director de cine Rey Robla, Lauren regresa a la vieja casa junto al mar en la que vivió con él. Allí se encuentra con el dolor y la soledad. Pero pronto se rompe el imperante silencio: Lauren descubre que en el piso de arriba habita un extraño hombre capaz de reproducir las conversaciones privadas de Lauren y su marido. ¿Es este hombre una persona real o es simplemente el producto de una ensoñación de la mente de Lauren?

Don DeLillo

Body Art

ePub r1.0

Titivillus 21.10.2020

Título original: *The Body Artist*
Don DeLillo, 2001
Traducción: Gian Castelli

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Capítulo 1

El tiempo parece transcurrir. El mundo sucede, se desdobla en instantes sucesivos, y uno se detiene a contemplar a una araña aplastada contra su tela. Se advierte una inmediatez en la luz y un sentido de cosas delimitadas con precisión y de fugaces destellos que relucen en la bahía. Sabemos mejor quiénes somos en esos días brillantes y poderosos en que, tras la tormenta, hasta las más pequeñas hojas secas caen imbuidas de identidad propia. El viento susurra entre los pinos y el mundo nace, irreversible, y la araña cabalga sobre su tela oscilante bajo la brisa.

Ocurrió esta última mañana. Coincidieron en la cocina, esquivándose el uno al otro mientras sacaban cosas de las alacenas y los cajones y luego esperándose mutuamente junto a la pila o el refrigerador, aún algo húmedos de sueño derretido. Ella dejó correr el agua del grifo sobre los arándanos que portaba en el hueco de la mano y cerró los ojos para disfrutar del aroma que ascendía.

Él, sentado frente al periódico, removía el café. Se trataba de su café, de su taza. Compartían el periódico, pero el periódico, en realidad, le pertenecía tácitamente a ella.

—Quiero decir algo, pero qué.

Ella dejó correr el agua del grifo y pareció notarlo. Era la primera vez que lo hacía ante algo así.

—Es sobre la casa. Eso es lo que es —dijo él—. Algo que quería contarte.

Ella observó cómo el agua del grifo se tornaba opaca en cuestión de segundos. Brotaba transparente y cristalina y luego, en cuestión de segundos, se tornaba opaca. Qué curioso le parecía que durante todos aquellos meses, y al cabo de tantas veces como había abierto el grifo de la cocina, nunca hubiera reparado en cómo el agua brotaba transparente al principio para luego volverse quizá no exactamente lóbrega sino más bien opaca, o es que tal vez no había

sucedido antes, o acaso lo había advertido para luego olvidarlo.

Se dirigió a la alacena con los arándanos aún húmedos en una mano, alargó la otra para coger el paquete de cereales y llevó la caja hasta la encimera, la caja de tonos mayoritariamente marrones y blancos, y entonces el cacharro de tostar saltó y ella volvió a conectarlo porque tenías que esperar a que saltara dos veces para que el pan se dorara, y él asintió distraídamente porque eran sus tostadas y su mantequilla, y a continuación conectó la radio y sintonizó la previsión meteorológica.

Los gorriones se apelotonaban en el comedero, aleteando y luchando por un espacio en sus perchas curvadas.

Ella abrió la alacena más próxima para coger un cuenco, sacudió un puñado de cereales en su interior y, finalmente, esparció los arándanos por encima. Se secó la mano en los vaqueros, experimentando en alguna parte la incierta sensación de un color azul desvaído y acuoso.

Cómo se dice, la palanca. Oprimió la palanca para que se terminaran de hacer sus tostadas.

Las tostadas eran de él; el boletín meteorológico, de ella. Escuchaba los boletines, llamaba con frecuencia al número de información del tiempo y a veces se asomaba a la puerta principal y escrutaba el firmamento costero, saboreando la brisa en busca de implicaciones latentes.

—Sí, exacto. Ya sé lo que es —dijo él.

Ella se dirigió a la nevera, abrió la puerta y se detuvo, intentando recordar algo.

Dijo ella:

—¿Qué? —queriendo decir qué has dicho, no qué era lo que querías decirme.

Recordó las semillas de soja. Cruzó la cocina en dirección a la alacena y cogió la caja y luego atrapó la puerta del refrigerador antes de que se cerrara. Alargó la mano para coger la leche, y al hacerlo recordó las palabras que no le había oído pronunciar a él ocho segundos atrás.

Cada vez que tenía que inclinarse para rebuscar en las remotas zonas inferiores de la nevera dejaba escapar un gemido —aunque tampoco siempre— que era más parecido a un lamento vital. Era demasiado elegante y flexible como para acusar el esfuerzo, y no

hacía con ello sino remedar a Rey inequívocamente, gimiendo su gemido, pero de un modo tan ininterrumpido, tan profundo, que también expresaba su propio malestar.

Él, ahora que ya había recordado lo que tenía que decirle, pareció perder interés. No le hizo falta ver su rostro para saberlo. Se percibía en el aire. Se percibía en la pausa que arrastraba su observación de ocho, diez, doce segundos atrás. Algo insignificante. Algo tan trivial que si se refiriera a ello él lo consideraría como una especie de autodesprecio.

Se aproximó a la encimera y vertió soja sobre los cereales y las frutas. La palanca saltó o resaltó y él se levantó y se llevó la tostada a la mesa y luego fue en busca de la mantequilla y ella, sin soltar el cartón de leche que sostenía en el aire, tuvo que apartarse ligeramente de la encimera cuando le vio acercarse para que él pudiera abrir el cajón y coger un cuchillo para la mantequilla.

La radio emitía voces como en hindi, o así sonaban.

Ella vertió leche en el cuenco y él se sentó y se levantó. Se dirigió a la nevera y cogió el zumo de naranja y se detuvo en medio de la estancia agitando el envase para reflotar la pulpa y espesar el zumo. Nunca se acordaba del zumo hasta que las tostadas estaban listas. Agitó el envase, y luego escanció el zumo y observó la burbujeante cinta de espuma que se depositaba a lo largo del borde del vaso.

Ella se quitó un pelo que llevaba pegado a los labios y se detuvo junto a la encimera, contemplándolo, un pequeño cabello de tono pálido que ni era suyo ni era de él.

Él seguía agitando el envase. Lo agitaba más de lo necesario porque no estaba prestándole atención, pensó ella, y porque en cierto modo absurdo e inofensivo le resultaba gratificante, por lo infantil del acto, por la sacudida y el chapoteo y aroma a naranja acartonada.

Dijo él:

—¿Quieres un poco de esto?

Ella seguía examinando el cabello.

—Dímelo porque no estoy seguro. ¿Bebes zumo, tú? —dijo él sin dejar de agitar el condenado trasto, pinzando el pico con dos dedos.

Ella se raspó la lengua con los dientes superiores para liberar a su organismo del complicado recuerdo sensorial de aquel cabello

ajeno.

Dijo:

—¿Qué? Nunca bebo de eso. Lo sabes. ¿Cuánto tiempo llevamos viviendo juntos?

—No mucho —dijo él.

Cogió un vaso, vertió el zumo y observó la presencia de la espuma. A continuación, se acomodó algo dolorosamente en su asiento.

—No lo bastante como para reparar en esos detalles —dijo.

—Siempre pienso que estas cosas no deberían pasar aquí. En cualquier sitio menos aquí, pienso.

Dijo él:

—¿Qué?

—Un pelo en la boca. De la cabeza de otra persona.

Él se untó la tostada de mantequilla.

—¿Acaso piensas que sólo pasa en grandes ciudades con gran diversidad de población?

—En cualquier sitio menos aquí. —Sostuvo el cabello entre el índice y el pulgar, contemplándolo con fingida repugnancia, o con auténtica repugnancia forzada hasta límites artísticos, con los labios torcidos, paralizados—. Eso pienso.

—Igual llevas con él desde que eras niña. —Regresó a su periódico—. ¿Tenías perro?

—Eh. ¿*Ahora* te despiertas? —dijo.

El periódico era de ella. El teléfono era de él, excepto cuando ella llamaba para enterarse del tiempo. El ordenador lo utilizaban los dos, pero espiritualmente era de ella.

Siguió allí, junto a la encimera, observando el cabello hasta que, por fin, lo dejó caer al suelo. Se volvió hacia la pila, se lavó la mano con agua caliente y a continuación llevó el cuenco de cereales hasta la mesa. Su paso junto a la ventana hizo desperdigarse a los pájaros.

—Te he visto beber litros de zumo, algo tremendo, no sé cómo decirte —dijo él.

Ella aún conservaba el rictus resultante de la experiencia de haber compartido la existencia desconocida de algún manipulador de alimentos o de haberse enfrentado a una realidad mucho más desusada y serpenteante, el íntimo tránsito del cabello de persona a persona y, de algún modo, de boca a boca a través de años y de

ciudades y de enfermedades y alimentos contaminados y numerosos fluidos corporales de índole perniciosa.

—¿Cómo? Lo dudo mucho —dijo ella.

De acuerdo, depositó el cuenco sobre la mesa. Se encaminó al fogón, recogió la tetera y la llenó de agua del grifo. Él cambió la emisora de la radio y dijo algo que no alcanzó a entender. Devolvió la tetera al fuego porque así es como uno vive la vida incluso si no lo sabe y a continuación volvió a rasparse la lengua con los dientes, insistiendo, mientras observaba el azulado chorro de la llama que brotaba del quemador.

Casi tuvo que dar un brinco para separarse de la encimera cuando él se acercó en busca del cuchillo de la mantequilla.

Se desplazó en dirección a la mesa y los pájaros huyeron una vez más del comedero. Dejaron atrás la sombra de los aleros y volaron hacia el sol y el silencio, en una acción que ella divisó tan sólo en parte, elusiva y mudamente hermosa, las aves tan refulgentes bajo la luz que se veían consumidas por ella, incorpóreas, transformadas en algo puro y fugaz y dispersamente brillante.

Se sentó y hojeó diversas secciones del periódico y advirtió que no tenía cuchara. No tenía cuchara. Le miró y vio que llevaba una tirita a un lado de la mandíbula.

Había optado por la vieja tetera abollada en lugar de la nueva que acababa de comprar porque… ignoraba por qué. Vivían en una vieja casa de madera con numerosas habitaciones y chimeneas utilizables y animales en las paredes y moho por todas partes, un lugar que habían alquilado sin verlo antes, una reliquia de los años gloriosos de las madereras y las navieras, exageradamente grande, y tenía tarimas que crujían y diversos utensilios deformados desde Dios sabe cuándo.

Se dejó medio caer de la silla en un gesto de autodesprecio y se dirigió a la encimera en busca de una cuchara. Aprovechó para devolver también a la mesa las semillas de soja. La soja poseía un olor que no parecía corresponderse con la arenosa sustancia contenida en la caja. Era un leve tufo a trigo mezclado con pies. Lo olía cada vez que utilizaba la soja. Lo olisqueó dos o tres veces.

—Te has cortado otra vez.

—¿Qué? —Se llevó la mano a la mandíbula, hundida aún la cabeza en el diario—. Sólo es un rasguño.

Ella comenzó a leer un artículo de la parte que tenía del periódico. Era un periódico viejo, del domingo, comprado en el centro porque hasta allí no llegaban las entregas a domicilio.

—Te pasa últimamente, no sé, quizá no deberías afeitarte enseguida. Espera a despertarte. ¿Y para qué afeitarte? Vuelve a dejarte el bigote. Déjate barba.

—¿Para qué afeitarme? Debe de existir un motivo —dijo él—. Quiero que Dios pueda verme la cara.

Alzó la mirada del periódico y dejó escapar una de esas carcajadas vacuas que tanto le disgustaban a ella, se llevó a la boca una cucharada de cereales y comenzó a leer otro artículo. Últimamente tendía a situarse, a insertarse en ciertos relatos de los periódicos. Era como una especie de ensoñación divagadora. Lo hacía y luego advertía que estaba haciéndolo y a veces volvía a hacerlo pocos minutos después con esa misma historia u otra diferente y luego volvía a darse cuenta.

Alargó la mano hacia el paquete de soja sin alzar la mirada del papel y escanció unas cuantas semillas en el cuenco mientras en la radio se oían el tráfico y las tertulias.

Al parecer, la idea era que tendría que agotar la capacidad de uso de la vieja tetera, usarla y volver a usarla hasta que le salieran burbujas de óxido, y entonces y sólo entonces podría sustituirla tranquilamente por la que acababa de comprar.

—¿Tienes necesariamente que escuchar la radio?

—No —dijo ella, y siguió leyendo el periódico—. ¿Qué?

—Qué mierda tan increíble.

Su modo de acentuar la *m* de mierda, dignificando la palabra.

—Yo no encendí la radio. Tú encendiste la radio —dijo ella.

Él se encaminó a la nevera y luego regresó con un higo oscuro y enorme y apagó la radio.

—Dame un poco de eso —dijo ella, leyendo el periódico.

—No estaba echando culpas. Quién la encendió, quién la apagó. Andamos un poco susceptibles esta mañana. Qué digo, yo soy el que debería estar a la defensiva. No la jovencita que se dedica a comer y a dormir y a vivir sin hacer otra cosa.

—¿Cómo? Anda, Rey, cállate.

Él arrancó el tallo de un mordisco y lo arrojó en dirección a la pila. Luego, abrió el higo con las uñas y le arrebató la cuchara de

entre los dedos y la lamió para limpiarla y la utilizó para extraer una porción de pulpa rosada del pellejo abierto del fruto. La depositó sobre su tostada —la masa, la papilla, la pulpa— y a continuación la extendió con el dorso de la cuchara, formando untuosos remolinos sanguinolentos rebosantes de semillas.

—Yo soy el que tiene que estar susceptible por las mañanas. El que tiene que quejarse. El terror de otro día cualquiera… —dijo maliciosamente—. Tú aún no sabes lo que es eso.

—Déjanos en paz un ratito —le dijo ella.

Se inclinó, y él le alargó el pan. En los árboles próximos a la casa, los cuervos entonaban su estridente reclamo. Ella asestó un nuevo bocado y cerró los ojos para poder pensar en el sabor.

Él le devolvió la cuchara. Luego, encendió la radio y recordó que acababa de apagarla y volvió a apagarla de nuevo.

Ella vertió unas semillas en el cuenco. El olor de la soja era algo a caballo entre el olor corporal, sí, de las extremidades inferiores y cierta vida germinativa y real de la tierra, una vida sembrada y profunda. Pero eso no lograba describirlo. Leyó en el periódico un artículo sobre un niño que habían abandonado quién sabe dónde. Nada lo describía. Era olor en estado puro. Era lo que es el olor, independientemente de sus fuentes. Era como, y a punto estuvo de decir algo en este sentido, porque a él tal vez le habría divertido, pero lo dejó pasar, era como si un, tal vez un escolástico medieval hubiera intentado clasificar todos los olores conocidos y hubiera descubierto algo que no encajaba con su sistema y lo hubiera llamado soja, lo que fácilmente podía formar parte de algún sublime término latino, pero no, era imposible, y siguió allí, pensando en algo, no estaba segura de en qué, con la cuchara a unos centímetros de la boca.

Dijo él:

—¿Qué?

—No he dicho nada.

Se levantó para coger algo. Volvió la mirada hacia la tetera y comprendió que no era eso. Sabía que acabaría recordándolo porque siempre lo hacía, y entonces lo recordó. Quería miel para el té, aunque el agua todavía no había comenzado a hervir. Seguía en un estado de hiperpreparación, o confusión, o susceptibilidad extrema, como decía siempre Rey, o había dicho en cierta ocasión,

y ella acarreaba una voz en el interior de la cabeza que era suya y que era diálogo o monólogo y se dirigió a la alacena y extrajo de ella la miel y las bolsitas de té… una voz que fluía de uno de los artículos del periódico.

—¿No ibas a decirme algo?

Dijo él:

—¿Qué?

Ella depositó una mano sobre su hombro y rodeó la mesa para regresar a su lugar. Los pájaros huyeron del comedero con un torbellino de aleteos que era todo *bes* y *erres*, cada letra *be* seguida de una serie de *erres* vibrantes. Pero no se trataba de eso en absoluto. No era ni parecido.

—Dijiste algo. No sé. De la casa.

—Nada interesante. Olvídalo.

—No quiero olvidarlo.

—No es nada interesante. Te lo diré de otro modo: es aburrido.

—Dímelo de todos modos.

—Es demasiado temprano. Me supone un esfuerzo. Es un aburrimiento.

—Sigues ahí sentado sin dejar de hablar. Dímelo —dijo ella.

Se llevó a la boca una cucharada de cereales mientras leía el periódico.

—Me supone un esfuerzo. Es como, no sé. Como mover un peñasco.

—No haces más que hablar, ahí sentado.

—Aquí —dijo él.

—Mencionaste la casa. Nada que tenga que ver con la casa es aburrido. Me gusta la casa.

—Te gusta todo. Todo te encanta. Eres mi hogar feliz. Toma —dijo.

Le alargó lo que quedaba de su tostada y ella se la terminó, mezclada con cereales y bayas. De pronto, supo lo que él había querido decirle. Podía oír a los cuervos en gran número, su clamor desde los árboles, sin duda enfrentándose a un halcón.

—Dímelo de una vez. Sólo será un segundo —dijo, completamente segura de qué se trataba.

Le vio mover la mano en dirección al bolsillo de la camisa, vacilar y depositarla nuevamente sobre la taza. Eran su café, su taza

y su cigarrillo. Como un incidente descrito en el periódico parecía remontarse desde las líneas de tinta impresa y apresarla en su interior. Uno separa los suplementos dominicales.

—Dímelo de una vez, ¿vale? Porque ya lo sé, de todos modos.

Dijo él:

—¿Qué? Insistes en sonsacarme eso. Suerte que normalmente no desayunamos juntos. Porque yo por las mañanas.

—Lo sé de todos modos. Así que dímelo.

Él seguía mirando el periódico.

—Lo sabes. Pues tanto mejor. No tengo que decírtelo.

Estaba leyendo, preparándose para echar mano de sus cigarrillos.

Dijo ella:

—El ruido.

Él la miró. Miró. A continuación, la obsequió con la amplia sonrisa, los dientes de oro en el ancho y oscuro semblante oliváceo. Hacía tiempo que ella no veía aquello, la sonrisa amplificada, Rey emergente, sus ojos diáfanos y luminosos, profundos surcos grabados en torno a sus labios.

—Los ruidos de las paredes. Sí. Me has leído el pensamiento.

—Fue un ruido. Fue un ruido —dijo ella—. Y no venía de las paredes.

—Un ruido. De acuerdo. No lo he oído últimamente. Eso es lo que quería decir. Ha desaparecido. Se acabó. Fin de la conversación.

—Cierto. Salvo por el hecho de que yo lo oí ayer. Creo.

—En tal caso no ha desaparecido. Bien. Me alegro por ti.

—Es una casa vieja. Siempre hay ruidos. Pero esto es diferente. Aquí no se trata de uno de esos malditos bichos que oímos corretear por la noche. Ni de la casa reasentándose. No sé —dijo, intentando no traslucir preocupación—. Es como si hubiera algo.

Leyó el periódico, dejando que su voz se extinguiera.

—Bien. Me alegro —dijo él—. Te viene bien tener compañía.

Separas los suplementos dominicales y te encuentras con líneas de impresión idénticas y con gente que habita en algún lugar de esas líneas, y esa extraña realidad capturada en el papel y la tinta impregna la casa durante una semana y cuando contemplas una página y diferencias una línea de otra comienza a atraparte y te encuentras con gentes que están siendo torturadas en medio mundo

y que hablan otras lenguas, y mantienes conversaciones con ellas de un modo más o menos controlado hasta que te das cuenta de lo que estás haciendo y entonces te detienes y observas lo que tienes delante en ese momento, como el medio vaso de zumo que tu marido sostiene en la mano.

Se llevó a la boca una cucharada de cereales y olvidó saborearlos. En el intervalo transcurrido desde que se llevó la comida a la boca hasta el desdichado instante en que la tragó hubo un momento en que perdió el gusto.

Él soltó el vaso de zumo. Sacó la cajetilla del bolsillo de la camisa y encendió un cigarrillo, el mismo cigarrillo que se había fumado con el café desde que cumpliera los doce años, le dijo, y dejó que la cerilla se consumiera un poco antes de sacudirla pensativamente, a cámara lenta, y depositarla en el borde del plato. A ella le resultaba agradable, el sabor del tabaco. Formaba parte del conocimiento que tenía del cuerpo de él. Era el aura del hombre, un residuo de humo y de vicio permanente, una dimensión nocturna, y lo paladeaba en el rizado y canoso vello de su pecho y lo saboreaba en su boca. Representaba la esencia de él en la oscuridad: cigarrillos y sueño balbuciente y mil cosas más, nombrables e innombrables.

Pero no era uno de los suyos, el cabello que había aparecido entre sus labios. Los empleados deben lavarse las manos antes de abandonar los servicios. Era su tostada, pero ella se había comido casi la mitad. Eran su café y su taza. Atrévete a tocar su taza y él te mira de soslayo, con esa única pupila ritual y encendida del boxeador al entrechocar los guantes con el oponente. Pero sabía que ella misma se estaba inventando todo aquello porque a él le daba igual lo que hicieras con su taza. Había montones de tazas que podía utilizar. El teléfono era suyo. Los pájaros, los gorriones que picoteaban las pipas de girasol, eran de ella. El cabello era de otra persona.

Él, gesticulando, dijo algo referente a su coche, al kilometraje. Le gustaba dirigir, desarrollar una observación prolongada con la mano, extendiendo un par de dedos al hacerlo.

—Ayer me pasé el día pensando que era viernes.

Dijo él:

—¿Qué?

O bien te conviertes en otra persona, en uno de los integrantes

de la historia, conduciendo un diálogo que tú mismo has inventado. A veces te conviertes en un hombre, viviendo entre líneas, fabricándote otra versión de la misma historia.

Pensó y leyó. Tanteó en busca del paquete de soja y su mano chocó contra el recipiente del zumo. Alzó la mirada y supo que él no estaba leyendo el periódico. Estaba mirándolo, pero no leyéndolo, y ella lo comprendió de modo retroactivo, comprendió que durante todo aquel tiempo había estado contemplándolo sin absorber las palabras impresas en la página.

El recipiente seguía en pie, y ella vertió un poco más de soja en el cuenco en busca de una textura más granulosa y de una vida más larga.

—Ayer me pasé el día pensando que era viernes.

Dijo él:

—¿Y lo era?

Ella se acordó de sonreír.

Dijo él:

—En cualquier caso, ¿qué importancia tiene?

Ella había depositado una mano sobre su hombro, y a punto había estado de desplazarla a lo largo de su nuca e introducirla acariciantemente entre sus cabellos, pero no lo hizo.

—Sólo era un comentario. ¿Por qué será que un jueves nos parece un viernes? Estamos fuera de la ciudad. No prestamos atención al calendario. Aquí, el viernes debería carecer de identidad propia. ¿Alguien quiere más café?

Se levantó en busca de agua para el té y se detuvo frente al hogar, esperando que él dijera sí o no al café que le había ofrecido. Ya de regreso, reparó en un arrendajo azul posado sobre el comedero y se detuvo en seco conteniendo el aliento. El pájaro, grande y lustroso, se mostraba aristocráticamente ajeno a las demás aves allí atareadas en alimentarse, y casi habría podido creer que era la primera vez que veía un arrendajo. Era enorme, y la miraba, viendo lo que fuera que viese, y experimentó el deseo de decirle a Rey que alzara la vista.

Le observó, rayado de negro en las alas y la cola, y pensó que, en cierto modo, acababa de aprender a mirar. Nunca había visto algo con tanta claridad, y ello no obedecía únicamente a que el arrendajo estuviera posado donde estaba, lo bastante cerca de ella

como para permitirle notar los detalles de su cresta y de su color. Luego estaba la sorpresa de su aparición entre los demás pájaros, más pequeños y más pardos, con su azul metálico y su azul mate y su ancha franja oscura en el cuello. Pero si Rey alzaba la mirada echaría a volar.

Intentó desentenderse de los detalles para concentrarse en el pájaro en sí, ladrón de nidos y hábil imitador que era, en el agudo interés de aquellos ojos, como una especie de escalofrío inquisitivo que se antojaba un poco como un desafío.

Cuando los pájaros miran al interior de las casas, qué mundos imposibles contemplan. Piénsalo. Qué despojamiento de todo proceso y superficie conocidos. Quería creer que el pájaro la estaba viendo, una mujer con una taza de té en la mano, indiferente al pliegue del día con la noche, o de la aparición de un espacio aislado del tiempo. Le miró y aspiró cautelosamente. Se mantenía alerta a la nitidez del instante, sabiendo que ya se aproximaba su final. Lo percibía en el arrendajo azul. O tal vez no. Era ella misma quien estaba provocando que sucediera porque ya no era capaz de seguir mirando por más tiempo. Esto debe de ser lo que uno siente al ver cuando ha pasado toda su vida casi ciego. Dijo algo a Rey, quien alzó levemente la cabeza y espantó al arrendajo sin que los gorriones parecieran asustarse por ello.

—¿Lo has visto?

Él se volvió a medias para responder.

—¿Acaso no los vemos todo el tiempo?

—No todo el tiempo. Y nunca tan de cerca.

—Nunca tan de cerca. Vale.

—Me miraba a mí.

—Te miraba a ti.

Ella permanecía inmóvil junto a su hombro izquierdo. Al desplazarse hacia su silla los gorriones echaron a volar.

—Me miraba a mí.

—¿Y con eso te ha alegrado el día?

—Me ha alegrado el día. Me ha alegrado la semana. ¿Qué más?

Dio un sorbo de su té y se puso a leer. Casi todo lo que leía despertaba sus ensoñaciones.

Conectó la radio y recorrió lentamente el dial, leyendo el periódico, intentando localizar las noticias del tiempo.

Él se terminó el café y fumó su cigarrillo.

Ella siguió allí, frente a su cuenco de cereales. Dejó vagar la mirada más allá del cuenco, hasta alcanzar un espacio dentro de su mente que se hallaba igualmente allí, frente a ella.

Dobló una de las secciones del periódico y leyó una línea o dos y luego leyó un poco más, o tal vez no, bebiendo té y dejando vagar sus pensamientos.

La radio informó de la misteriosa explosión de un misil bajo tierra, en Montana, pero no alcanzó a oír si estaba armado o no.

Él siguió fumando y desvió la mirada hacia la ventana, a su derecha. Un prado mal conservado descendía hacia el sendero de tierra poblado de surcos que conducía hasta el camino de grava.

Ella siguió leyendo y dejando vagar sus pensamientos. Estaba aquí y allí al mismo tiempo.

Al té le faltaba miel. Se había dejado la jarra de la miel junto al fuego, sin abrir.

Él miró a su alrededor en busca de un cenicero.

Ella se puso a leer un artículo que incluía una entrevista con un médico.

Había que recorrer más de tres kilómetros de sendero de grava para alcanzar la carretera asfaltada que conducía al pueblo.

Cogió el higo que tenía en el plato, lo ensartó con un dedo y fue recorriendo el interior de la piel para extraer la pulpa.

Una voz estaba informando del estado del tiempo, pero se le escapó lo que decía. No supo que hablaba del tiempo hasta que ya era demasiado tarde.

Él inclinó la cabeza hacia atrás y la hizo girar lentamente de un lado a otro para aliviar la tensión del cuello.

Ella se chupó el dedo que había introducido en el higo y pasó revista mentalmente a las cosas que necesitaban del supermercado.

Él apagó la radio.

Ella bebió su té a sorbos y siguió leyendo. Podía visualizarse más o menos a sí misma hablando con un médico en algún lugar selvático, rodeada de personas hambrientas diseminadas por el polvo.

A él se le estaba consumiendo el cigarrillo entre los dedos.

Ella asió el paquete de soja y lo inclinó hacia su rostro y olisqueó el interior.

Cuando él abandonó la estancia comprendió que había algo que quería decirle.

A veces, no piensa en lo que quiere decirle hasta que le ve salir de la habitación en la que se encuentran. Entonces es cuando se le ocurre y, o bien le llama para que vuelva o no, y él o bien responde o no.

Siguió allí sentada y se terminó el té y pensó en lo que estaba pensando, en retazos de recuerdos y en destellos de imágenes y en una amiga a la que echaba de menos y en todos esos elementos moteados de sombras que componían cada instante indivisible de una mañana normal que se estaba desbaratando a través de procesos tan humanamente rutinarios que una ni siquiera puede detenerse a asimilarlos, salvo en lo que se refiere al Ajax que necesita comprar y a los pájaros que, a su espalda, sacuden la estructura metálica del comedero.

Qué estúpido es esto de leer el periódico y comer.

Le vio detenerse en el umbral.

—¿Has visto mis llaves?

Dijo ella:

—¿Qué?

Él aguardó a que procesara la pregunta.

—¿Qué llaves? —dijo ella.

Él la miró.

Dijo ella:

—Ayer compré una loción. Quería habértelo dicho. Un tónico muscular. Es un tubo de color verde y blanco. Lo verás arriba, en el estante del cuarto de baño grande. No contiene grasa. Es un tónico muscular. Póntelo, tesoro. O te lo pondré yo, si me lo pides bien.

—Llevo todas las llaves en el mismo llavero —dijo él.

Ella estuvo a punto de preguntarle: ¿Te parece prudente? Pero no lo hizo. Porque qué cosa tan inútil. Porque qué mezquino resultaría decir algo así, por la mañana o en cualquier otro momento, en uno de esos días resplandecientes que suceden a las tormentas.

REY ROBLES, 64 AÑOS, POETA CINEMATOGRÁFICO DE LUGARES SOLITARIOS

Rey Robles, director de dos películas de renombre mundial a finales de los setenta, fue encontrado muerto el domingo por la mañana en un piso de Manhattan habitado por su primera esposa, la consultora de moda Isabel Corrales.

Según los policías que acudieron a la escena, la causa de la muerte fue una herida por arma de fuego que el fallecido se infligió a sí mismo.

Pese a lo inconsistente de las evocaciones del propio Robles sobre sus primeros años de vida, las versiones independientes más fiables sugieren que en el momento de su muerte contaba sesenta y cuatro años de edad.

Había nacido en Barcelona, y su nombre verdadero era Alejandro Alquézar. Según un perfil biográfico publicado en la revista *Cahiers du Cinéma*, su padre, operario de una planta textil y militante antifascista, murió en esa misma ciudad durante alguno de los más enconados enfrentamientos callejeros librados durante la guerra civil. El artículo citaba pruebas que demuestran que Alejandro, en su infancia, fue uno de los muchos «niños de la guerra» españoles que viajaron a la Unión Soviética enviados por sus familias tan pronto como se hizo inminente la instauración de una dictadura de derecha.

Se desconoce cuántos años pasó exactamente en la URSS ni si llegó a reunirse alguna vez con su madre. Se sabe que durante su juventud vivió en París y que se ganó la vida como barrendero, malabarista callejero y actor secundario en diversas películas, en las que interpretaba habitualmente papeles de ladrón o chulo. Fue entonces cuando adoptó el nombre de Rey Robles, inspirado en cierto personaje de menor importancia que había encarnado en un oscuro filme de género negro.

Pasó luego unos cuantos años en Nueva York escribiendo subtítulos para unas pocas películas españolas y rusas, y luego se trasladó al Oeste, donde encontró trabajo en Los Ángeles como chófer privado y siguió manteniendo una relación esporádica con la industria del cine, interviniendo como figurante en media docena de películas. Posteriormente debutó al otro lado de la cámara después de verse contratado como chófer por un industrial cementero multimillonario procedente de Liechtenstein, un hombre habituado a realizar considerables inversiones en proyectos cinematográficos internacionales. Tras mantener una aventura amorosa con la esposa del industrial —algo admitido por él mismo —, Robles persuadió a su amante para que le consiguiera un empleo como director de la segunda unidad de un *spaghetti western* rodado en España.

Diez años después, en el Festival de Cine de Cannes, Robles declaró ante algunos de sus admiradores: «La respuesta ante la vida estriba en el cine.»

Dirigió un total de ocho películas. La tercera de ellas, titulada *Mi vida por la tuya*, una coproducción franco-italiana basada en la historia de una acaudalada dama raptada por secuestradores corsos, ganó la Palma de Oro de Cannes. A ella siguió *Polaris*, un tenso drama policíaco norteamericano con tintes subyacentes de surrealismo español. El filme se convirtió en película de culto para sus seguidores y se proyectó durante largas temporadas en cierto número de salas de arte y ensayo de nuestro país y del extranjero.

«Sus mejores obras trascienden el lenguaje cinematográfico», escribió el crítico Philip Stansky. «Su tema es la gente, retratada en paisajes de aislamiento. Supo hallar su propia tensión espiritual en la poesía de lugares extraños en los que las situaciones extremas se tornan inevitables y los personajes se ven arrastrados sin remedio a momentos vitalmente decisivos.»

Sus siguientes películas constituyeron otros tantos fracasos comerciales y se vieron en gran medida despreciadas por la crítica. Algunos de los amigos de Robles han atribuido su decadencia al alcoholismo y a sus recurrentes depresiones. Durante aquel período contrajo matrimonio con la actriz teatral Anna Langdon, pero al cabo de poco tiempo llegó la separación —ampliamente difundida por los titulares de la prensa sensacionalista— y, finalmente, el

divorcio.

Deja a su tercera esposa, Lauren Hartke, conocida representante del denominado *body art*.

Capítulo 2

Ha amanecido un día blanco y brumoso, y la autopista asciende hacia un cielo consumido. Hay cuatro carriles en dirección norte y tú vas conduciendo por el tercero y hay otros coches delante de ti, detrás de ti y a ambos lados, aunque no demasiados ni demasiado próximos. Cuando alcanzas la parte superior del cambio de rasante sucede algo que hace que los coches comiencen a avanzar con menos prisas, como si rodaran por inercia, deslizándose con suavidad sobre la superficie uniforme. Todo se vuelve lento y nebuloso y vacuo y todo sucede en torno a la palabra *parecer*. Todos los coches, el tuyo incluido, parecen fluir con un movimiento disociado, dando una impresión o presentando un aspecto, y la autopista discurre bajo un zumbido de fondo.

Y entonces esa atmósfera se interrumpe. Retornan el ruido y las prisas y la confusión y vuelves a irrumpir en tu vida y a sentir esa dolorosa presión sobre tu pecho.

Ella solía recordar aquellos días como los primeros días de antes.

En los primeros días de antes reabastecía la despensa y rociaba el alicatado del cuarto de baño con productos químicos. Tenían una despensa independiente, una habitación oscura y mohosa contigua a la cocina que no hacía falta reabastecer. Ella limpiaba y llenaba los comederos, conformando su día en torno a algún acontecimiento importante, con sus giros y sus particularidades, su organizada marabunta de variaciones. Había desarrollado casi una adicción a los vapores de los productos químicos con aroma a pino con los que rociaba las baldosas y la porcelana. Aún quedaban dos meses de alquiler. Habían firmado un contrato de seis meses y aún quedaban dos. Una persona, dos meses. Utilizaba un bote equipado con pulverizador de pistola.

Estar allí era como estar en casa, y dejó pasar velozmente los días, con sus pequeñas rutinas fascinadoras, todos los días iguales,

medidos y organizados, pero también simultáneamente enfangados, descentrados, a veces desiertos a retazos, días que avanzaban con tanta lentitud que resultaba doloroso.

Contempló las páginas en las que había estado trabajando con Rey, su necia autobiografía. El único ejemplar yacía allí, desnudo frente al recuerdo que aún tenía de las memorias habladas de él, de aquel entramado de mentiras y de invenciones, de historias modeladas sobre angustias que para ella no siempre estaban claras. Acarició algunas de las prendas de ropa que habían quedado abandonadas en el armario del dormitorio. No era de las que se dejan desconsolar por las cosas que la gente deja tras de sí al morir, por lo que metió la ropa en una caja para dársela a las personas necesitadas.

Cuando estaba en el piso de abajo, sentía su presencia en las habitaciones de la segunda planta. Él solía tener la costumbre de deambular por aquellos cuartos dictándole a una grabadora minúscula, envuelto en humo, recitando ideas de quién sabe qué aburrido guión para quién sabe qué guionista de cuyo nombre nunca lograba acordarse. Y ahora el humo era él, Rey, lo que flotaba en el aire, algo vaporoso e informe que antes o después acababa por invadir todos los rincones, pero dotado de un rostro que de algún modo formaba parte de esa presencia específica del hombre al acecho.

Subió las escaleras, oyendo el sonido que uno hace al subir las escaleras, y al alcanzar el rellano acarició el grano de roble de la pilastra.

No pasaba nada. Quería seguir allí y que no pasara nada. Todo su matrimonio, todo el tiempo que habían vivido juntos lo habían pasado allí.

Sentía su cuerpo distinto en ciertos aspectos incomprensibles. Tenso, encajonado, no lo sabía muy bien. Levemente extraño e irreconocible. Diferente, más tenue, poco importa.

En uno de los estantes de la despensa había un paquete de pan rallado. Y sabía que había visto papel de aluminio en algún sitio, en una caja de dos colores, azul y otro. Todas esas cosas eran importantes, ahora. Las comidas, las tareas, los recados.

Recorrió lentamente las habitaciones. Le sintió tras ella mientras se desnudaba, descalzo sobre el frío suelo, quitándose un jersey

astroso, y se volvió a medias en dirección a la cama.

En los primeros días de antes se bajó del coche una vez y a punto estuvo de desplomarse, pero no fue un fracaso general de todas las funciones principales, sino un pequeño e inevitable desmoronamiento sobre el suelo, una especie de olvido de cómo se hace para estar de pie.

Pensó en asar una chuleta, sintiéndose claramente sola, contemplándose más o menos desde un extremo de la estancia o detenida precisamente allí donde se encontraba, siendo quien era y viendo una imagen suya más pequeña que revoloteaba por el aire, y diciéndose ya a sí misma que era mañana.

Quería desvanecerse en el humo de Rey, estar muerta, ser él, y rasgó el papel de aluminio con el borde dentado de la caja y alargó la mano en busca del paquete de pan rallado.

Cuando sonó el teléfono no lo miró como hacen en las películas. En la vida real, la gente no se queda mirando el teléfono.

El papel de aluminio se desprendió del rollo en una secuencia entrecortada, avanzando a lo largo del borde serrado de la caja, y ella lo oyó recorrer su columna vertebral, pensó.

Se pasaba la vida pensando en mañana. Planificaba sus días con antelación. Se sentaba en la habitación revestida de madera. Se metía en la bañera y rociaba las baldosas más altas hasta que el añorado tufo perfumado de pino y oloroso a ácido y a éter comenzaba a adueñarse de ella. Costaba trabajo dejar de oprimir el gatillo.

Se quemó la mano con la sartén y se fue derecha a la nevera y no había hielo en el puto… No se había acordado de llenar el puto cacharro del hielo.

La gente coge el teléfono cuando suena o no lo coge. Se quedó oyendo cómo sonaba. Resonó por la casa, mientras los auriculares se estremecían en sus horquillas.

Qué absolutamente extraño parecía de pronto que hubiera grandes compañías que se dedicaran a fabricar pan rallado y a empaquetarlo y venderlo por todo el mundo, y contempló el paquete de pan rallado realmente por primera vez, viéndolo de verdad y comprendiendo lo que encerraba en su interior, y era pan rallado.

Se sentaba en la habitación revestida de madera e intentaba leer.

Antes, sin embargo, solía encender el fuego. Era una habitación ambiciosamente diseñada para disfrutar de un brandy y de un fuego, una habitación fallida, perversamente amueblada, y la utilizaba para beber té y para intentar leer un libro. Pero apenas había recorrido una página cuando se quedaba contemplando con indiferencia cualquier objeto fijo en el espacio.

En los primeros días de antes se comió una almeja podrida y se pasó las horas siguientes escabulléndose al cuarto de baño. Pero al menos se le volvió a poner bien el cuerpo. Nada como una buena cagalera, pensó, para aunar cuerpo y mente.

Subió las escaleras, oyéndose a sí misma desde otras partes de la casa sin saber cómo.

Tiró a la basura un jersey astroso. Alzó un brazo para sacarlo del jersey y se golpeó ligeramente la mano con algo que tenía encima, preguntándose qué sería, aunque ya le había pasado antes, y entonces se acordó de la lámpara que colgaba del techo viendo oscilar la pantalla de metal, esa lámpara que no pegaba para nada con la habitación, y se volvió hacia la cama y la contempló, o medio contempló, no con expectación sino con otra cosa… con un significado tan evanescente que no alcanzó a interpretarlo.

Había demasiadas cosas que comprender, y al final se reducían tan sólo a una.

En el pueblo vio a una mujer de pelo blanco, japonesa, sola en un sendero de piedra que discurría frente a su casa. Sostenía una manguera de jardín y parecía desprovista de peso bajo el cielo encapotado, tan aplastada e inmóvil que podría haberse tratado del envoltorio de un paquete, y regaba un arriate de polemoniáceas escarlatas con el blando chorro arqueado que manaba de la embocadura.

Las cosas que veía se le antojaban dudosas… no dudosas pero sí eternamente cambiantes, sumidas en la metamorfosis, como algo que también fuera otra cosa, pero qué, y qué cosa.

Comenzó a responder al teléfono. Al principio hablaba con una voz suave que no era del todo la suya, una voz ajena deformada e incierta con la que decía diga, quién es, sí. Se había corrido la voz sobre su paradero y las llamadas provenían de Nueva York, donde vivía, y de amigos y colegas de otras ciudades. La llamaban de las ciudades para decirle que no comprendían por qué había regresado

allí. Era el último lugar del mundo en el que debería estar, sola en una casa enorme junto a una playa desierta, y ella recorría las habitaciones y subía las escaleras y planificaba sus días con antelación porque había más cosas que hacer en menos tiempo a medida que la luz iba viéndose gradualmente amenazada. Uno miraba y estaba oscuro, y siempre sin que te lo esperaras.

Se despertaba temprano todas las mañanas y ése era el peor momento, el primer instante maldito de cuando aún estás en la cama y recuerdas algo y antes de terminar de expulsar el aliento ya sabes de qué se trata.

Le llamaban cinco o seis veces al día y luego ya un poco menos, y pensó en la anciana japonesa, un ser hermoso y problemático, si es que de verdad era japonesa después de todo, regando su jardín cuando el cielo amenazaba lluvia.

Tomaba un transbordador bamboleante hasta Little Moon, donde no había otra cosa que hacer que pasear hasta el otro extremo de la isla por un sendero embarrado y flanqueado por casas castigadas por el viento y por una iglesia a la que le faltaba un chapitel, una caminata de cuarenta minutos hasta llegar a un taller abandonado de artesanía, de tejidos y tallados tal vez, de alfarería con toda seguridad, para luego regresar a buen paso. El transbordador funcionaba de acuerdo con un horario, lo que ya de por sí era suficiente motivo como para realizar el viaje de vez en cuando.

El plan consistía en organizarse el tiempo hasta que pudiera vivir de nuevo.

Después de los primeros días de antes comenzó a practicar sus tablas respiratorias. Tenía que reanudar sus ejercicios, su rutina de estiramientos gatunos y contorsiones metódicas. Trabajaba tomando como centro la columna vertebral, desplazándose a cuatro patas por el suelo, sintiendo las contracciones de su aorta con cada reflujo de sangre. Tenía que hacer el pino y rodar sobre el cuello. Sacar la lengua y jadear con un ritmo minuciosamente estudiado, internamente gobernado, una exactitud que percibía en esos huesos separados por discos que iban restallando por toda su espalda.

Pero el mundo había muerto en su interior.

Por las noches el cielo se hallaba muy próximo, extendido sobre un manto de humo de estrellas y de cataclismos gamma, pero ella

ya no lo veía como antes lo hiciera, como una extensión de su alma, como un mudo prodigio gutural o algo ajeno al lenguaje que habitaba en los rincones más antiguos de su ser.

Dejó de oír los boletines meteorológicos. Aceptaba el tiempo según se presentaba, con su fría lluvia y sus días ventosos y los grandes peñascos cheposos en los campos inclinados, como emblemas de clanes, palpitantes de luz de tormenta, historia y tiempo. Cortaba leña. Se pasaba horas frente a la pantalla del ordenador, contemplando un vídeo en directo filmado en el arcén de una carretera de dos carriles situada junto a una población finlandesa. Era medianoche en Kotka, Finlandia, mientras ella observaba la pantalla. Le resultaba interesante porque estaba ocurriendo en ese momento, con ella allí sentada, y también porque ocurría veinticuatro horas al día, de forma anónima, con los coches que entraban y salían de Kotka, o simplemente con la carretera vacía en tiempo muerto. El tiempo muerto era lo mejor.

Permanecía allí sentada, observando la pantalla. Le resultaba fascinante, y lo bastante real como para soportar la circunstancia de que no ocurriera nada. Se alimentaba de esa circunstancia. Eran las tres de la madrugada en Kotka y ella esperaba a que pasara un coche, aunque luego ni siquiera se preguntaba quién viajaría en su interior. Se trataba simplemente del hecho de la existencia de Kotka. De la sensación de organización, de lugar contenido en un marco perpetuo mientras existe y mientras uno lo contempla, con la hora local detallada en una ventana digital situada en una esquina de la pantalla. Kotka era otro mundo, pero ella podía verla en toda su realidad, en sus horas, minutos y segundos.

Imaginaba que tal vez habría quien se masturbara con aquello, con la aparición de un automóvil camino de Kotka en mitad de la noche. Al pensarlo le entraban ganas de reír. Cortaba leña. Todos los días reservaba algún tiempo para la *webcam* de Kotka. Ignoraba el sentido de aquella filmación, pero la aceptaba como un acto de poesía suspendida. Cuando más le gustaba era durante el tiempo muerto. Le vaciaba la mente y le permitía experimentar el profundo silencio de otros lugares, el misterio de ver, al otro lado del mundo, un lugar despojado de todo menos de una carretera que se aproxima y se aleja, como dos realidades simultáneas, y los números que cambiaban en la ventana digital con una urgencia peculiar y vacua

de minutos que crecen en dirección a la hora, y ella seguía allí sentada y miraba la pantalla, esperando a que en la carretera se formara la silueta fugaz de algún coche.

Telefoneó Mariella, su amiga, una escritora que vivía en Nueva York.

—¿Estás bien?

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé. Pero ¿estás sola?

—Debería haber otra palabra para expresarlo. Todos estamos solos. Esto es otra cosa.

—Pero no crees que. Yo qué sé. Sería más fácil.

—Ésta es la clase de conversación que deberías mantener con otra persona. Yo no sirvo para estas conversaciones.

—Si no te aislaras. Necesitas estar cerca de personas y de cosas que te resulten familiares. Sola no sirve de nada. Sé lo que sentías por él. Y lo terrible que es. Dios. Pero no debes enclaustrarte en ti misma. Sé, además, que eres una mujer decidida. A tu modo, solapado y tenaz, eres voluntariosa. Pero tienes que intentar salir, no encerrarte más. No te enclaustres.

—Dime qué estás haciendo.

—Atiborrarme. Mirar por la ventana —dijo Mariella—. Hablar contigo.

—¿Qué comes?

—Palitos de zanahoria.

—Eso no es atiborrarse.

—Es matarme de hambre. Ya lo sé. Están poniendo algunas de sus primeras películas en el Film Forum. Tú no le conocías desde hace tanto tiempo. Podría estar bien.

Por la mañana oyó el ruido. Tenía esa misma singularidad que ya percibiera la primera vez, unos tres meses antes, cuando Rey y ella subieron a la planta superior para investigar. Él dijo que provenía de una ardilla o de un mapache que se habría quedado atrapado en algún sitio. Ella opinaba que obedecía a un sigilo calculado. Poseía una cierta cualidad dosificada. No creía que se tratara de un ruido animal. Conllevaba un efecto que era casi íntimo, como algo que está aquí, respirando el mismo aire que respiramos y moviéndose igual que nos movemos los demás. El sonido poseía esa cualidad de cuerpo que altera el espacio, pero

cuando miraban allí no había nadie.

Cuando lo oyó esta vez, estaba en la cocina. Subió las escaleras con su taza de té. Las habitaciones del fondo del pasillo del segundo piso. El tercer piso en penumbra, con las bombillas fundidas y la mayor parte de los muebles retirados. El breve tramo de escaleras que conducía a la cúpula. Escrutó el espacio inmóvil, haciendo girar la cabeza, proyectando el torso sobre la estructura, generosamente amplia y utilizada a modo de almacén. Para cuando se detuvo en medio de la cúpula el té ya se le había quedado frío. Tanteó algunas prendas viejas que yacían dobladas en el interior de unas cajas de cartón y examinó unos documentos que amarilleaban en sus carpetas de cuero. Había un búho disecado y un montón de acuarelas sin enmarcar que se habían arrugado sin remedio. Vio una hoja que giraba sobre sí misma frente a la ventana. Era una pequeña hoja de color ámbar que revoloteaba en el aire bajo una rama que se extendía sobre el tejado. No había rastro de ningún filamento de larva del que pudiera hallarse suspendida, ni de ninguna hebra que pendiera de los componentes de un nido. Tan sólo la hoja que giraba suspendida en el aire.

Le encontró al día siguiente, en uno de los dormitorios pequeños que había junto a la enorme sala vacía situada al fondo del pasillo del tercer piso. Era menudo y delgado, y al principio pensó que se trataba de un niño, con sus cabellos pardos, recién despertado de un profundo sueño, o tal vez bajo los efectos de algún medicamento.

Le contempló, sentado en el borde de la cama, en ropa interior. Durante los primeros segundos le vio como algo inevitable. Se remontó a tiempo hasta los primeros indicios de que había alguien en casa y llegó hasta aquel instante con absoluta precisión, con sus percepciones bien diferenciadas y asumidas.

Capítulo 3

Le miró.

—Dime. ¿Llevas aquí cuánto?

Él no alzó la cabeza. Había en él algo tan extraño que a ella le pareció oír sus propias palabras suspendidas en la habitación, previsibles y triviales. No sentía ningún miedo. Veía en él una cualidad de expósito, de perdido y hallado, y ella era, supuso, la que le había encontrado.

—Has estado aquí —dijo, pronunciando con claridad, espaciando las palabras.

Él la miró y en ese momento le pareció más viejo, en ese breve gesto de alzar la cabeza, en ese sencillo ladeo de la barbilla y de los ojos tan preciso y tan crucial para su transformación: más viejo y levemente húmedo, la frente y las mejillas recubiertas por una leve película.

Dijo algo.

—¿Qué? —dijo ella.

Su ropa interior consistía en un calzón blanco y una camiseta que le venía demasiado grande, y ella le examinó de arriba abajo, abiertamente, por todas partes.

—No puede —dijo él.

—Pero ¿por qué estás aquí? ¿Llevas aquí mucho tiempo?

Él dejó caer la cabeza de nuevo y pareció reflexionar sobre aquellas cuestiones como si estuviera calculando los detalles de un complicado problema.

Salieron de la casa en dirección a la cumbre de la ladera y desde allí observaron a una langostera que se esforzaba por coronar las cabrillas. Para comer le había dado un poco de sopa sobrante y algo de pan, de pan tostado. Tenías que conectar el cacharro dos veces para que el pan se tostara como es debido.

—¿Qué ves? —dijo ella, señalando con un gesto la embarcación

y la masa de nubes que se acercaba.

—Los árboles son algunos —dijo él.

—Combados. Vencidos por el viento. Son abedules. Los blancos. Se llaman abedules.

—Los blancos.

—Los blancos. Pero más allá de los árboles.

—Más allá de los árboles.

—A lo lejos —dijo ella.

Él siguió mirando unos instantes.

—Ha llovido mucho.

—Y lloverá. Va a llover —dijo ella.

Él llevaba un chubasquero y unos pantalones de trabajo, y no parecía sentirse a gusto allí fuera. Ella intentaba no acuciarle con sus demandas de información. Le parecía interesante la distancia, ese carácter entrecortado de su modo de hablar y de sus gestos, un carácter autoenseñado, y su aparente despreocupación por lo que pudiera ocurrirle a partir de entonces. No se trataba de apatía ni de indiferencia, pensó, sino de una capacidad limitada para considerar las posibles repercusiones. No estaba segura de lo que significaba para él, que le sorprendieran en casa ajena.

El viento había comenzado a soplar con más fuerza, y ambos le volvieron la espalda. Le divertía imaginar que había llegado procedente del ciberespacio, como un hombre que hubiera emergido de la pantalla de su ordenador en mitad de la noche. Procedía de Kotka, Finlandia.

Dijo ella:

—No ha llovido. *Lloverá*.

Él se rebullía incómodamente en los espacios, ya interiores o exteriores, como si el aire tuviera dobleces y bultos. Le vio entrar en la casa con gesto furtivo, arrastrando levemente los pies. Quizá temía levitar. No podía dejar de mirarle.

Con él era siempre como si. Le veía hacer esto o lo otro como si. Necesitaba una referencia externa para poder situarle.

Se sentaron juntos en la severa habitación revestida de madera, con sus grabados de veleros en alta mar. Estaba sonando el teléfono. Él observó los troncos carbonizados que se habían derrumbado en la chimenea, restos del fuego de la noche anterior, y ella le observó a él. En su mayor parte, los libros de los estantes inferiores eran de

esa clase de lecturas veraniegas que uno encuentra en las casas alquiladas, libros fieles a su función, forrados con sobrecubiertas ilustradas con desvaídas imágenes de otras casas en otros veranos, y también almanaques, o atlas, con un rayo de sol que iluminaba el borde superior de los libros más altos.

Tenía la barbilla hundida, espectacularmente rebajada, lo que prestaba a su rostro un aspecto inacabado, y tenía el cabello rígido y enmarañado, salpicado de mechones apelmazados.

Ella tenía que concentrarse para reparar en sus rasgos. Le miraba y luego tenía que mirarle de nuevo. Había en su aspecto algo elusivo, de un momento a otro, algo tenue en su presencia física.

Le susurró:

—Háblame.

Él se había sentado con las piernas incómodamente cruzadas, una pernera a medio bajar, y ella alcanzó a ver que se había atado un cordel en torno al calcetín para evitar que se cayera. Aquello le hizo pensar en alguien.

—Háblame. Estoy hablando —dijo él.

Ella creyó comprender qué había querido decir él con eso. Había en su tono cierta futilidad, un esfuerzo interminable que parecía sugerir cosas que no podría explicarle con facilidad por mucho que hablara. Incluso sus gestos parecían señalados por el ahínco. Supo que tendría que llamar a hospitales y clínicas, a instituciones psiquiátricas, para preguntar si faltaba algún paciente.

La lluvia repiqueteaba en las ventanas, rociando los cristales de gotitas diminutas y computables, y de pronto pareció cubrirlo todo, restallando sobre el tejado del porche e inundando los canalones, y se quedaron allí, escuchándola.

Dijo ella:

—¿Cómo te llamas?

Él la miró.

Dijo ella:

—Vine aquí para estar sola. Para mí es importante. Estoy dispuesta a esperar. Te daré tiempo para que me digas quién eres. Pero no quiero a nadie en mi casa. Te daré una oportunidad —dijo —. Pero no pienso esperar indefinidamente.

No pretendía que aquello sonara como una advertencia formal, pero probablemente así fue. Tendría que llamar al albergue más

cercano para gentes sin hogar, que no estaría en absoluto cerca, y tal vez a la iglesia del pueblo o a la iglesia de Little Moon, con su chapitel ausente, y finalmente a la policía si nada más daba resultado.

—Si estoy aquí es por Rey, que era mi marido, y que está muerto. No sé por qué te cuento esto, ya que a buen seguro es innecesario. Pero necesito vivir aquí sola durante algún tiempo. Sólo te pido que me digas si me entiendes.

Él hizo un movimiento con la mano con el que parecía sugerir que no era preciso que dijera nada más. Claro que la entendía. Pero quizá no.

La tormenta se cernía ya sobre ellos, y se quedaron allí sentados, escuchando. La lluvia era tan abrumadora que no había más remedio que escucharla. Podía llamar al tipo de la inmobiliaria y presentar una queja por la presencia de un extraño en la casa. Ésa era otra cosa que también podía hacer.

Apenas era media mañana, pero se sentía como si hiciera ya una semana que le tenía allí. Sentados, contemplaron el fuego de la noche anterior.

Entonces comprendió de quién se trataba, el hombre en el que le había hecho pensar poco antes.

Era uno de los profesores de ciencia del instituto, un tipo algo torpe que parecía canoso bajo una iluminación incierta y calvo en los días soleados, y que un día había utilizado cinta adhesiva para remendarse una costura desgarrada en el zapato y que hablaba con un tono irregular y vacilante que inspiraba vergüenza ajena en sus alumnos, en los pocos que poseían un espíritu sensible, o bien una franca inquietud en los inquietos, que eran todos los demás.

Decidió bautizar al visitante en su honor. Señor Tuttle. Pensó que con ello le facilitaría ver las cosas.

Susurró:

—Cuéntame algo.

Él descruzó las piernas y apoyó una mano en cada rodilla, como un maniquí en un sillón rojo de club, la cabeza vuelta hacia ella.

—Sé cuánto —dijo—. Sé cuánto esta casa. Sola junto al mar.

No parecía exactamente complacido pero sí satisfecho en general, en teoría satisfecho de haber logrado recitar aquel último racimo de palabras. Y de hecho era, viniendo del señor Tuttle, una

formulación que ella pudo oír en el eco de sus profundidades. Tan sólo cuatro palabras. Pero la había situado en un escenario de antientorno, de interiores y exteriores simultáneos. La casa, el planeta oceánico que la rodeaba, y cómo la palabra *sola* se refería a ella y a la casa y cómo la palabra *mar* reforzaba la idea de soledad a la vez que sugería una vigorosa liberación, una vía de escape de los límites tapizados de libros de su propio ser.

Sabía que era absurdo analizarlo tan de cerca. Ella misma se estaba inventando las cosas. Pero así era el efecto que él ejercía sobre ella, elaborando las frases tan imperceptiblemente como una sombra, mostrando cada palabra en todas sus facetas y aspectos, palabras como lunas que describieran sus fases particulares.

Dijo ella:

—Me gusta la casa. Sí, quiero estar aquí. Pero no es más que un alquiler. La tengo alquilada. Me marcharé dentro de seis o siete semanas. Tal vez incluso menos. Es una casa que hemos alquilado. Cinco o seis semanas. Menos —dijo.

Ahora ya no le miraba. Estaba concentrada en observar el dorso de sus propias manos, con los dedos estirados, observando y pensando, recordando instantes con Rey, no exactamente instantes sino épocas, o momentos que fluían hacia un tiempo compuesto, hacia una erótica de la vista y el tacto, y curvó una de sus manos sobre la otra, añorándole en su cuerpo y sintiéndose sexual y abismalmente sola y contemplando aquellos puntos en que sus nudillos brillaban exangües debido a la presión de sus dedos.

Dijo él:

—Pero no te has marchado.

Ella le miró.

—Me marcharé. Dentro de unas pocas semanas. Cuando llegue el momento —dijo—. Cuando expire el alquiler. O antes. Me marcharé.

—Pero no lo haces —dijo él.

Aquel cambio del tiempo pasado al tiempo presente sonó como algo superado, un obstáculo o una restricción. Tuvo que esforzarse para soltarlo. Y ella detectó algo en su voz. Ignoraba de qué se trataba, pero le hizo levantarse y acudir a la ventana.

Se detuvo frente a ella para contemplar la lluvia. Se le ocurrió que tal vez procediera de uno de los remolques habitados que

yacían estacionados en la linde de los bosques próximos a la población, próximos pero completamente remotos, con automóviles estacionados sobre bloques de madera y un perro medio chiflado que se retorcía entre el polvo y las hojas intentando rascarse quién sabe qué picor, y que tal vez era el hijo mayor, que siempre ha sido así, inaccesible, eternamente dependiente, viviendo como si se tratara de lo más natural del mundo en una caja oblonga con unos padres consumidos y ancianos que nunca se llaman por su nombre, y que desaparece de vez en cuando durante días y se marcha vete a saber dónde, rezongando pero sano y salvo, a través de su mundo burbuja.

Tal vez no, pensó. No era eso lo que había percibido en su voz. Había algo en el tono, algo desconectado de los niveles de información entrante o de los tiempos de los verbos o de los programas televisivos que veían sus padres.

Se volvió de espaldas a la ventana y le hizo hablar un poco. Él parecía complacido ante la idea de hablar. Habló sobre los objetos que había en la estancia, atropelladamente, y ella se preguntó qué vería o no vería, o qué vería de un modo tan distinto a ella que jamás sería capaz de evocar sus contornos.

Él habló. Tras un momento, ella comenzó a comprender lo que escuchaba. Involucraba muchos niveles de percepción. Suponía historias sociales enteras de la forma en que la gente escucha lo que otros dicen. Tenía esta voz una peculiaridad, un rasgo que se desarrollaba a medida que él hablaba, que ella podía rastrear hasta su origen.

Le observó. Era el mismo desdichado con el que se había topado poco antes, carente de un sentido visible del efecto que él mismo estaba teniendo.

No es que la imitara claramente, pero alcanzó a distinguir en él elementos de su propia voz, el discurso entrecortado, el leve zumbido en lo más profundo de la garganta, su tono, su sonido, y lo difícil que resultaba al principio, casi como algo no terrenal, detectar su propia voz procedente de otra persona, de él, y luego cuán profundamente inquietante.

No estaba segura de si era su voz. Luego lo estuvo. Para entonces él ya no hablaba de las sillas, las lámparas o los dibujos de la alfombra. Parecía estar usurpando el papel de ella en su

conversación con alguien.

Intentó comprender lo que estaba oyendo.

Él gesticulaba al hablar, moviendo la mano al ritmo de las palabras, y ella comenzó a darse cuenta de que le había dicho esas mismas palabras a Rey, allí en la casa, o cosas similares. Se trataba de observaciones rutinarias acerca de una llamada telefónica que había recibido de unos amigos interesados en visitarles. Lo recordaba, recordaba confusamente haber estado al pie de la escalera y que él estaba en la segunda planta, Rey, paseando arriba y abajo por el pasillo, ocupado en sus guiones.

Seguía junto a la ventana. La voz comenzó a vacilar y a extinguirse, pero su mano seguía moviéndose, marcando débilmente el ritmo.

Agarró un abrigo del perchero y salió a pesar de la lluvia. Dobló el abrigo sobre el brazo y se cubrió la cabeza con él y corrió por el césped en dirección al sendero de tierra en el que había estacionado el coche. La portezuela estaba abierta, y entró y se sentó porque para qué va una a cerrar la puerta con llave en un lugar tan aislado. La lluvia se derramaba sobre el parabrisas en oleadas sucesivas. Permaneció allí sentada, sacudida por una breve tiritona, sintiendo que le resultaba difícil dejar de oír el sonido de aquella voz. Una de las ventanillas traseras tenía abierta una rendija, y el olor a pradera húmeda, la fragancia de la lluvia campestre y los efectos del mar y de la brisa y del recuerdo se mezclaron unos con otros, pero ella seguía oyendo la voz y viendo los ademanes de las manos, que eran inconfundiblemente de Rey, el gesto de agitar aquellos dos dedos unidos.

No habría sabido decir cuánto tiempo permaneció allí. Tal vez mucho. La lluvia golpeaba con fuerza el techo y el capó. ¿Cuánto tiempo es mucho tiempo? Podría ser esto, o lo otro. Finalmente, abrió la portezuela y regresó caminando a la casa sin dejar de resguardarse bajo el abrigo.

Capítulo 4

Había cinco pájaros en el comedero, todos mirando hacia fuera, de espaldas a la comida e igualmente inmóviles. Los observó. Más que observar o escuchar, era como si estuvieran sintiendo algo, percibiéndolo con atención.

Todas estas palabras están equivocadas, pensó.

Era el comedero que colgaba junto al porche, y ella se encontraba en aquella habitación casi por entero blanca, junto al amplio ventanal, esperando al señor Tuttle.

Desde que regresó, se había dedicado a instalar comederos. Tal era el alcance básico de su entorno mundano, el ámbito natural que bordeaba la casa. Pero se siente como si estuviera alimentando a todas las aves de la Tierra, una semilla distinta para cada receptáculo, a veces dos semillas diferentes dispuestas en un claroscuro de capas sobre un mismo comedero, y los pájaros vienen a picotear, o no, y también los comederos son diferentes: jaulas, cilindros reforzados, platillos colgantes, bandejas superpuestas, y tal vez sea un halcón, lo ignora, lo que a veces ahuyenta a las aves, o un arrendajo que imita al halcón, o quizá es que han captado algún mensaje en un suceso acaecido fuera del espectro visible.

Cuando entró ni siquiera la miró, sino que se dirigió directamente hacia la mesa de cristal con las patas adornadas por volutas.

La grabadora de Rey yacía parpadeante en medio de la mesa.

Se sentó y comenzó a hablar, describiendo su aspecto. El rostro, el pelo, y cosas así. Despierto o no. Más o menos aseado o bastante desaliñado. ¿Qué más? Una noche buena, mala o indiferente.

Tampoco es que supiera cómo eran sus noches. Una noche tan sólo. Incapaz de conciliar el sueño, de madrugada se había detenido unos instantes junto a su puerta y al escuchar sus ásperas inspiraciones nasales se había sentido peculiarmente conmovida. El

sueño le convertía en alguien tan imposible de conocer como cualquier otra persona. Mira. Ese cuerpo amortajado que palpita débilmente. Esto es lo que sientes al contemplar ese cuerpo silencioso y vulnerable que casi podría pertenecer a cualquiera, o permaneces tendida junto a tu marido después de hacer el amor, respirando el calor de sus sueños despiadados y preguntándote quién es, cavilando tiernamente sobre una verdad que nunca conocerás, porque ése es el secreto que el sueño protege en sus profundidades neurales, en sus etapas, sus capas y sus pliegues.

Aquella mañana habló de su nombre, o lo intentó. Lo hicieron juntos, de principio a fin. Pero cuanto más hablaban… hablaron un buen rato, cambiando de tema, hasta que él apagó la grabadora y ella volvió a conectarla, y tal vez sí lo tuviera, sí, un nombre, pero lo había olvidado o lo había perdido y no sabía recuperarlo.

Dijo ella:

—Yo me llamo Lauren.

Lo dijo unas cuantas veces, señalándose a sí misma, porque pensó que a los dos les ayudaría que él la llamara por su nombre.

Dijo ella:

—Si tuvieras un nombre. Tan sólo imagínatelo. ¿Existe alguien que pudiera saberlo? ¿Dónde está tu madre? Cuando digo madre hablo de la mujer que alumbra un niño, la progenitora, no sé si la palabra. Dime. ¿Qué?

Él sabía cómo se llamaba una silla y una ventana y una pared, pero no la grabadora, aunque sabía apagarla, y no, al parecer, quién era su madre ni dónde podría encontrarse.

—Si hay alguna otra lengua que sepas hablar —le dijo—, pronuncia algunas palabras.

—Pronuncia algunas palabras.

—Pronuncia algunas palabras. Da igual que no las entienda.

—Pronuncia algunas palabras para pronunciar algunas palabras.

—De acuerdo. Por mí sigue haciéndote el maestro zen, mequetrefe. ¿Cómo sabes tú lo que yo le decía a mi marido? ¿Dónde estabas? ¿Acaso estabas por aquí, qué sé yo dónde, escuchándonos? Mi voz. Sonaba como mi voz, palabra por palabra. Háblame de eso.

Cada vez que se producía una pausa en el diálogo la grabadora interrumpía su zumbido. Le observó. Intentó insistir sobre el tema

pero al no conseguir nada volvió a cambiar de conversación.

—¿A qué te referías antes, ayer, cuando dijiste, cuando pareciste decir qué? No recuerdo las palabras exactas. Fue ayer. El día anterior a hoy. Dijiste que aún estaría aquí, creo, cuando expirara el alquiler. ¿Lo recuerdas? Se supone que debo marcharme entonces. Dijiste que no lo hago.

—Dije eso lo que digo.

—Dijiste eso. Que en cierto modo tú.

—En cierto modo. ¿Qué significa en cierto modo?

—Cállate. Que en cierto modo tú pero qué más da. Cuando expire el alquiler. O algo completamente distinto.

Él apagó la grabadora. Ella volvió a conectarla, y él volvió a apagarla. Simple curiosidad, pensó ella, o un juego sin objeto alguno. Sin embargo, le hubiera apetecido pegarle. No, no era eso. No sabía lo que quería. Había llegado el momento de telefonear al hospital y al resto de las instituciones. Eso era lo que quería. Había pasado con mucho demasiado tiempo y estaba cometiendo un error al no investigar, al no conducirle frente a alguien con autoridad, un médico o un administrador, la gentil y eficaz monja encargada de gestionar un albergue para menesterosos, pero sabía que no lo haría.

Se pasó una hora en un improvisado despacho de la segunda planta, transcribiendo unas cuantas observaciones selectas de la cinta que había grabado con él.

Se oyó a sí misma decir: «Yo me llamo Lauren», como un personaje cinematográfico de ciencia ficción vestido de plástico negro.

Se le ocurrió por fin. Comenzó a comprender que él había oído su voz en la grabadora. En algún momento, antes de que ella introdujera el casete virgen, había apretado el botón de play y la había oído hablando con Rey, que a la sazón se hallaba en la segunda planta con la grabadora en la mano, registrando ideas para guiones.

Así era como había reproducido su voz.

Pero ¿y el ademán de la mano? Decidió olvidar el ademán de la mano. El ademán era algo casual, circunstancial, en parte imaginado por ella.

Ahora ya se sentía mejor.

Día tras día, siguió ejercitando duramente su cuerpo. Siempre había estados que alcanzar que sobrepasaban los extremos anteriores. Podía llevar algo hasta sus más insoportables límites de aliento, de fuerza, de duración temporal o de fuerza de voluntad y a continuación tomar la decisión de extender esos límites.

Opino que te estás construyendo tu propia sociedad totalitaria para disfrute privado, le dijo Rey en cierta ocasión, una sociedad en la que tú eres la dictadora, sin duda alguna, aunque también representas a los oprimidos, dijo, tal vez con admiración, de artista a artista.

Su ejercicio físico lo tornaba todo transparente. Veía y pensaba con claridad, lo que acaso significaba tan sólo que había poco que ver y no demasiado en qué pensar. Pero a lo mejor era algo más profundo, las posturas que adoptaba y mantenía durante períodos prolongados, los giros exagerados, las formas serpentinas y las contorsiones florales, los piadosos períodos de respiración sistemática, la vida irreductiblemente vivida como puro aliento. Primero respirar, luego jadear, luego toser. Le hacía ponerse tensa y adoptar una mirada atónita, con las arterias del cuello hinchadas, horas y horas de respiración tan urgente y tan absurda que terminaba bañada en una especie de luz prístina, sintiendo lo que significa sentirse viva.

Comenzó a ejercitarse desnuda en una habitación fría. Hacía sus estiramientos en el suelo desnudo, y también sus flexiones pelvianas, a la vez burlonamente eróticas y verdaderamente eróticas, y sus repeticiones a cámara lenta de los gestos más cotidianos, como mirar la hora en el reloj de pulsera o volverte para llamar a un taxi, acciones recitadas de memoria en otro marco conceptual muchas veces seguidas y luego otras cuantas más pero más lentamente, con la boca abierta en un gesto perplejo y los ojos apretados con firmeza para defenderse de la intensidad de la consciencia pasajera.

Telefoneó Isabel, la primera mujer de Rey.

—En el funeral apenas tuvimos ocasión de hablar. Bueno, me evitaste un poco, cosa que comprendo, créeme, me hago cargo. También acepto lo que hizo él porque le conozco de siempre. Pero en tu caso es distinto. Me siento mal por no haber hablado contigo. Hacía años que lo veía venir. Esto tenía que pasar. Lo sabíamos

todos. Llevaba años pensando en hacer esto. Lo llevaba en la sangre. Era su vía de escape. No era un hombre desesperado. Era algo que tenía planeado. Un truco que sabía que podría poner en práctica cuando lo necesitara. Incluso me obligó a verle en la butaca.

—Pero ¿es que no lo comprendes?

—Por favor. ¿Quién va a comprenderlo sino yo? Era un personaje imposible. Era muy difícil ya desde los tiempos de París. Casi once años estuvimos casados. Tuve que soportar cosas que ni te cuento. No creas que no te estoy ahorrando cosas. Te lo estoy ahorrando todo. Lo de este hombre no era una cuestión de productos químicos en el cerebro. Se trataba de él, de quién era él. Y si quieres que te diga la verdad, una no tenía tiempo para averiguarlo. Porque te diré una cosa. Éramos dos personas con una vida y era su vida. Me quedé con él hasta que acabó con mi salud, y aún estoy pagando el precio. Tuve que marcharme en mitad de la noche. ¿Por qué, dirías tú? Porque me amenazó con matarme. Y en esta habitación en la que me encuentro no hago más que contemplar el espacio vacío en el que solía estar la butaca. La tuve aquí un día entero hasta que por fin la quitaron de delante de mi vista y se la llevaron al forense, manchada con su sangre y con qué sé yo qué más, mejor no te lo describo, vale, por la cosa de las pruebas. Total, que me compro otra butaca. Sin problema. Y entretanto tengo ahí ese espacio vacío. Por supuesto que quería ahorrarte a ti el instante en cuestión. Por eso es por lo que viene a Nueva York y se sienta en mi butaca.

—Tu butaca. ¿Era tuya la pistola? ¿De quién era la pistola que utilizó?

—¿Mi pistola, estás loca? Ahí tienes otra cosa que tampoco sabías. Siempre tuvo una pistola. Viviera donde viviese, tenía pistola. Esta pistola o la de más allá. Nunca llevé la cuenta.

—No. ¿Es que no lo entiendes? No quiero oír estas cosas.

—Pero yo sí quiero decirlas. Insisto en decirlas. Este hombre se odiaba a sí mismo. Porque ¿desde cuándo conozco yo a este hombre y desde cuándo le conoces tú? Nunca me marché. ¿Acaso me marché alguna vez? ¿Llegamos a separarnos alguna vez en serio? Le conocía hasta en sueños. Y sé exactamente cómo funcionaba su mente. Se decía a sí mismo dos cosas. A esta mujer la conozco desde siempre. Y con suerte no le importará que se lo ponga todo perdido.

Se marchó en busca del señor Tuttle. No tenía la menor idea de adónde iba o lo que hacía cuando le perdía de vista. Su aspecto le resultaba más lógico cuando le veía durmiendo que cuando le tenía al otro lado de la mesa, los ojos levemente saltones, o a lo mejor es que se lo imaginaba, si a eso vamos. Le costaba trabajo evocarle, aun momentáneamente, en la situación más anodina, como una silueta frente a la ventana bajo la luz polvorienta.

Se detuvo en el vestíbulo principal y le llamó: «¿Dónde estás?»

Aquella noche, sentados en el cuarto revestido de madera, ella le leyó extractos de un libro que trataba sobre el cuerpo humano. Había en él fotografías de glóbulos sanguíneos aumentados muchos miles de veces, y una sección de texto acerca de la biología del parto, que era la parte que le estaba leyendo, lentamente, insertando comentarios propios y formulándole preguntas y bebiendo té, y cuando ya llevaban unos cuarenta minutos de sesión y estaba leyendo un pasaje sobre el embrión, un embrión de centímetro y medio de longitud que flotaba en el líquido amniótico, comprendió que él le estaba hablando a ella.

Sin embargo, era la voz de Rey la que oía. El parecido era cercano, tanto por el acento como por las vocales arrastradas, las diferencias íntimas, las articulaciones emitidas por un aparato fónico y no otro, cosas que ella había sabido reconocer en la voz de Rey, y mantuvo los ojos fijos en el libro, incapaz de mirarle.

Intentó concentrarse estrictamente en escucharle. Se dijo a sí misma que tenía que escuchar. Su mano aún flotaba en el aire, representándole las medidas del embrión, con el índice y el pulgar indicando la longitud.

Seguía con atención todo cuanto él decía, palabra por palabra, pero se veía obligada a buscar el contexto. Su discurso divagaba y se enredaba. Hablaba de marcas de cigarrillos, Players y Gitanes, caminaría un kilómetro por un Camel, y luego oyó a Rey, el campanilleo de la risa de Rey, clara y espaciada, una risa que no procedía de ninguna grabadora.

Se estaba dirigiendo a ella, y no a un guionista de Roma o de Los Ángeles. Era Rey, en su papel de fatalista seductor, recitándole la historia de su adicción a la nicotina, y le oyó pronunciar su nombre a lo largo del relato, la primera vez que el señor Tuttle lo usaba.

Esto no era una comunicación con los muertos. Era Rey, vivo, durante una conversación que había mantenido anteriormente con ella, en aquella habitación, no mucho después de llegar allí. Era algo de lo que estaba segura, y recordaba cómo habían subido a la segunda planta para sumergirse en una noche de sensaciones agitadas, retazos de sexo, confesiones y un sueño pálido, y había sido una confesión encarnada en la confianza mutua, no en grandes descargas de culpa sino en votos de confianza, básicamente los suyos, marcados por la necesidad, y luego más sexo soñoliento, dos personas traspasándose mutuamente con la facilidad y la gracilidad de la espuma marina, y él diciéndole que gracias a ella estaba consiguiendo recobrar su alma.

Todo aquello era como un fulgor blanco mal localizado, un gélido resplandor de la memoria, y luego las propias palabras, las palabras de Rey, habladas por el hombre sentado en aquella silla, cerca de ella.

—Recupero el dominio de mí mismo a través de ti. Ahora pienso como yo, no como el hombre en el que me había convertido. Como y duermo como suelo, mal, y eso no está bien, pero es como yo solía cuando era yo y no el otro hombre.

Ella le miró, viendo una cabeza y un cuerpo de tebeo, una figura esquelética desprovista de barbilla, pero sabía cómo dar vida a su marido a través del aire que sus pulmones expelían hacia sus cuerdas vocales: del aire a los sonidos, de los sonidos a las palabras, de las palabras al hombre, fielmente dibujado en sus labios y en su lengua.

Le susurró:

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy haciendo. Esto sí lo otro. Pronuncia algunas palabras.

—¿Alguna vez lo hiciste? Mírame. ¿Alguna vez hablaste con Rey? Tal y como estamos hablando ahora.

—Estamos hablando ahora.

—Sí. ¿Estás diciendo que sí? Di que sí. ¿Cuándo le conociste?

—Le conozco donde estaba.

—Entonces y ahora. ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Te parabas delante de la puerta del dormitorio para oírnos hablar? Cuando hablo de Rey, ¿sabes a quién me refiero? Hablando en una habitación. Él y yo.

Él hizo oscilar su cuerpo brevemente de lado a lado, con una oscilación mecánica, como un tic-tac, como si fuera el primer juguete de piezas móviles jamás construido.

Ella no supo qué pensar al respecto. Había en aquel momento algo crudo, algo descarnado. Algo que la desnudaba a cosas ajenas a su experiencia pero desesperadamente fundamentales, de algún modo, al mismo tiempo.

De algún modo. ¿Qué significa de algún modo?

Ella le hacía preguntas y él hablaba con su propia voz, una voz sarmentosa y leve y aprisionada por tiempos verbales e inflexiones, en sonsonetes conjugados, y comprendió que ella misma estaba describiendo lo que él le decía a una tercera persona que había en su mente, tal vez su amiga Mariella, una persona objetiva, fiable, capaz de aconsejar, conocida por su franqueza, incluso mientras escuchaba posesivamente todas sus palabras.

Comenzó a llevar consigo la grabadora adondequiera que fuese. Era pequeña y ligera y cabía en su bolsillo superior. Vestía camisas de franela con bolsillos de solapa. Calzaba botas forradas y caminaba durante horas a lo largo de la linde de marismas salinas, por el centro de carreteras perdidas, escuchando al señor Tuttle.

Contempló su rostro en el espejo del baño e intentó comprender por qué le parecía distinto del mismo rostro cuando lo veía en el piso de abajo, en el espejo de cuerpo entero que había en el vestíbulo de entrada, aunque no debería ser en absoluto difícil de entender, pensó, porque los rostros parecen diferentes constantemente y en todas partes, dependiendo de un centenar de variables cotidianas distintas, pero aun así, pensó, ¿por qué parezco diferente?

No le llevaba al pueblo porque allí podría conocerle alguien y porque él tampoco abandonaba jamás la casa por su propia voluntad, que ella supiera, y tampoco quería obligarle a soportar una experiencia que podría asustarle, aunque el motivo principal era que quería evitar que otros le vieran.

Pero entonces le llevó consigo a los grandes centros comerciales del interior, envueltos por una espesa capa de contaminación y rodeados de atascos de tráfico, y lo hizo tal y como uno hace las cosas que son aún más extrañas que todo lo que juzgamos demasiado extraño para poder hacerlo, impulsivamente, para aliviar

la necesidad de realizar gestos alocados y tal vez débil y vanamente, para ver las cosas a través de sus ojos, el mundo en forma geométrica, ordenado y apilado, y los largos pasillos de productos y los compradores que evolucionan y los miran con expresión de trance, y cualesquiera otras cosas que pudieran justificar su opinión de que has olvidado cómo se mira.

Pero cuando llegaron allí le dejó con el cinturón de seguridad puesto y cerró el coche con llave mientras ella visitaba la tienda de electrónica y el supermercado y la zapatería. Le compró un par de zapatos y algunos calcetines. Compró cintas vírgenes para la grabadora, imposibles de encontrar en el pueblo, y regresó al coche con un carrito reluciente lleno de bolsas de comida y se lo encontró sentado en un charco de mierda y orines.

Tal vez este hombre experimenta otra clase de realidad en la que está aquí y allí, antes y después, y se desplaza de uno a otro lugar desoladamente, en un estado de postración, carente de identidad, de lenguaje, de cualquier modo de disfrutar del sabor de la tostada untada de miel que ella le ve devorar.

Pensó que tal vez habitara una especie de tiempo carente de cualquier cualidad narrativa. ¿Qué otras cosas pensaba? Sentada en el despacho casi desnudo de la segunda planta, no sabía qué otras cosas pensaba.

Hablaban todas las mañanas sentados a la mesa de cristal del porche cubierto, y ella le grababa. La estancia carecía de calefacción, pero ambos se sentían cómodos en aquella racha de días soleados, frente a sus jarras de té de menta.

Él se sentaba encorvado y hablaba hacia el aparato, o a veces en él, aparentemente a él, con él, él y el aparato solos, y cuando se interrumpía de pronto, entre dos construcciones, sus labios continuaban vibrando de modo imperceptible, con una sombra de movimiento que recordaba el temblor reflejo o agitado de las personas mayores.

—¿Conociste a Rey? ¿Sabes a quién me refiero cuando hablo de Rey?

—No es capaz.

—Intenta responder. Por favor. Ya ves lo importante que es para mí. Habla como él. Pronuncia algunas palabras.

Existe un código en la más sencilla de las conversaciones que

revela a los hablantes lo que está sucediendo más allá de la acústica desnuda. Y eso faltaba cuando hablaban. Faltaba una inflexión de compás. Le resultaba difícil determinar el tempo. Todo cuanto tenían eran palabras desajustadas. Perdía contacto con él, perdía el interés a veces, no lograba localizar intervalos rítmicos ni indicaciones de tiempo, ni siquiera los murmullos y zumbidos, las pausas audibles que señalan el ritmo de una observación. No devolvía respuestas faciales a las cosas que ella le decía, y eso la desconcertaba. No había grados de énfasis aquí y monotonía allá. Comenzó a comprender que sus conversaciones carecían de sentido del tiempo y que todas las referencias al nivel de respuesta, todas esas cosas que alguien que hablara holandés podría compartir con alguien que hablara chino, faltaban allí.

—Aprieta la cosa.

—Aprieta el botón. No, no aprieta el botón. Ése es el botón de parada. ¿Nos oías en la habitación? A él y a mí. Hablando.

Sentía el impulso de tocarle. Nunca le había tocado, creía, o lo había hecho fugazmente, en una ocasión, al ajustarle el cinturón de seguridad en el coche, un día en que él llevaba puesto un jersey o una chaqueta.

—Le conoces de donde estaba. Le conoces de antes. Le oías hablar conmigo. ¿Podíamos verte nosotros? ¿Estabas escondido en algún sitio para que no te viéramos? ¿Comprendes escondido? Conoces su voz. Déjame oírla.

Lo sabía, se decía a sí misma que no era una mujer trastornada enfrentada a una persona sensible a las fuerzas ocultas, alguien capaz de ponerla en contacto con el espíritu de su marido.

Aquello era otra cosa.

Le observó. Sus cabellos mostraban hoy un aspecto harinoso. A menos de medio metro de ella, apenas parecía hallarse presente. No sabía adaptarse a sí mismo a lo que llamamos el Ahora. ¿Qué es eso, al fin y al cabo? Es posible que no exista semejante cosa para aquellos que no lo consideren como artículo de fe. A lo mejor era un parapsicólogo lo que necesitaba, alguien, no estaba segura, que pudiera decirle cuáles eran los parámetros. Odiaba esa palabra. La utilizaba pero no sabía lo que quería decir y la usaba a pesar de todo. Los pájaros del comedero parecían enloquecidos.

Llamó a Mariella y le salió el contestador. Una voz sintética dijo

Por / favor / deje / su / mensa / je / des / pués / de / la / señal. No eran palabras pronunciadas, sino generadas, y sonaban separadas por dimensiones tan breves como profundas. Colgó y volvió a llamar, tan sólo para volver a oír aquella voz. Qué extraña discontinuidad la suya. Parecían saltos cuánticos, de cada palabra a la siguiente. Colgó y volvió a llamar. Una voz para cada palabra. Nueve voces diferentes. No nueve voces diferentes sino una voz masculina en nueve ciclos temporales. Pero tampoco exactamente masculina. Y no tanto palabras como sílabas, pero tampoco eso. Colgó y volvió a llamar.

Recorrió el largo pasillo y subió las escaleras hasta la tercera planta, dejando atrás las habitaciones vacías que la separaban del cuarto de baño situado casi al fondo. Cuando abrió la puerta le encontró sentado en la bañera. No movió la cabeza ni dio muestra alguna de reconocer su presencia, y ella se quedó allí, mirándole. En una mano sostenía una pastilla de jabón, y una manopla de baño en la otra. Permaneció inmóvil en la misma posición, con las manos suspendidas en el aire, mientras ella le contemplaba. No se movía. No la miraba ni realizaba ningún gesto que pudiera indicar que reconocía su presencia. Sus manos, la pastilla de jabón, la manopla arrugada, sobresalían apenas de la superficie. En la presente configuración, el jabón recibe el nombre de pastilla.

Le susurró:

—Mírame.

Cuando él obedeció, sin la más mínima vergüenza, ella se arrodilló junto a la bañera y le arrebató lentamente la manopla. Luego se la pasó de lado a lado por los hombros y de arriba abajo por la espalda. Le lavó la oquedad situada bajo el brazo. Éstas son las axilas, una y dos. Cogió el jabón que sostenía en la otra mano y lo frotó en la manopla y le lavó el pecho y los brazos, nombrándole en silencio las partes de su cuerpo. Depositó suavemente la manopla en el agua, y la vio empaparse y hundirse, y le frotó el vientre sumergido con el jabón en un movimiento monótono rodeando su ombligo lentamente con la mano. A continuación se inclinó sobre él para depositar el jabón en la jabonera, la pastilla de jabón, sin dejar de observarle, e introdujo la mano en el agua y la deslizó sobre su pene, aquí está, y le asió y frotó los testículos, nombrando y enumerando sus partes, uno y dos, y vio cómo un diminuto fulgor

húmedo iba dibujándose sobre sus labios.

Su mano emergió del agua sosteniendo la manopla. Ella volvió a arrebatársela y la extendió sobre sus propias facciones, aplastándola sobre sus poros y frotándola contra sus labios, y luego se la devolvió. Tocó su rostro, levemente empañado, y pensó se afeitará y quién le habrá enseñado, deslizó suavemente un dedo sobre su boca, siguiendo la forma de sus labios. Acarició la silueta de su nariz y de sus cejas y el borde de su oreja y las circunvoluciones de la superficie interna. Una cosa seguía a la otra. No se mostraba asustadizo al contacto de sus dedos, o lo hacía tan sólo de un modo rutinario, y ella pensó que nada podía parecerle desacostumbrado, o sobresaltarle, o desconcertarle, comparado con el hecho, la confusión, fuera lo que fuese… el hecho sobrecogedor de hallarse él mismo allí.

Notó algo etéreo en las comisuras de los labios, medio dentro, medio fuera, que tan sólo podía ser un cabello. Tanteó con los dedos en su busca y se lo apartó con el pulgar, un cabello procedente de la manopla, y dejó de notarlo en el rostro y le miró y luego se miró la mano y quizá no hubiera sido más que un picor.

Luego desanduvo el camino recorrido por el pasillo y por supuesto no se sintió como si hubiera lavado a un niño aunque tampoco era un hombre y, sin embargo, era quien era, alguien ajeno a los trillados caminos del o bien/o bien, y seguía descubriendo cosas dignas de examinar y preguntándose en voz alta por su utilización de la manopla, algo que se le antojaba altamente refinado, y justificándose a sí misma por sus acciones, y analizando su propia reacción al movimiento de su mano sobre el cuerpo de él a medida que recorría kilómetros de arandanedos desolados bajo la niebla y el viento, la chaqueta bien abrochada y el magnetofón en marcha.

—¿Cómo podías estar viviendo aquí sin que yo lo supiera?

—Pero lo sabes. Vivo.

Se propinó a sí mismo un leve cachete en la mejilla, una simple broma tal vez.

—Pero antes. Oigo un ruido y estás en un cuarto del piso de arriba. ¿Cuánto tiempo pasaste allí? Háblale al chisme.

—Háblale al chisme —dijo él con una voz que podría haber sido una imitación involuntaria de la suya.

Estaba en el pueblo, conduciendo a lo largo de una calle llena de cuestas y de casas de madera, cuando a través de árboles y arbustos vio a un hombre sentado en el porche frente a ella, los brazos extendidos, un tipo rubial de amplias facciones que no parecía ocupado en nada. En aquel pequeño retazo de tiempo, en aquel minúsculo cuarto de segundo aproximadamente, sintió que le veía cuan íntegro era. Toda su vida se desplegó al paso de su mirada fugaz. Un hombre perezoso y manipulador que se dedicaba al negocio inmobiliario, a multipropiedades con vistas junto a lagos llenos de mosquitos. Le conocía. Supo cómo era. Ahí estaba, divorciado y amenazado por el alcohol, emocionalmente apartado de los niños, de sus hijos, dos chicos, vestidos con americanas azules de uniforme colegial, y todo de un solo vistazo.

En la radio, una voz recitaba las noticias.

Cuando el coche pasó junto a la casa, al cumplirse el segundo completo, comprendió que no estaba contemplando a un hombre sentado sino simplemente una lata de pintura depositada sobre un tablón sujeto por dos sillas. La lata blanca y azul era su rostro, el tablón eran sus brazos y la mente y el corazón del hombre flotaban de algún modo en el aire, perdidos ya en la voz del locutor del noticiario radiofónico.

Marcó el número de Mariella y le salió el contestador. Escuchó la grabación y colgó y luego volvió a llamar y colgó. Llamó varias veces a lo largo del día y medio siguiente y escuchó la voz grabada sin dejar ningún mensaje. Cuando llamó de nuevo y oyó que se ponía Mariella, colgó con suavidad el teléfono y permaneció completamente inmóvil.

Dijo: «Habla como él. Quiero que hagas eso por mí. Sé que puedes hacerlo. Hazlo por mí. Habla como él. Di algo que él dijera y que aún recuerdes. O di lo primero que se te ocurra. Mejor. Di lo primero que se te ocurra, con tal de que sea él. No te preguntaré cómo eres capaz de hacerlo. Tan sólo quiero escuchar. Habla como él. Actúa como él. Habla con su voz. Imita a Rey. Déjame oírle. Te lo estoy pidiendo por favor. Sé mi amigo. Una persona de confianza, eso es un amigo. Haz esto por mí.»

Llegaron volando y se posaron directamente sobre los barrotes, luchando por un hueco frente a los dispensadores de comida, picoteándose entre sí, las alas zumbando, las pechugas

incandescentes bajo el sol, el alpiste derramándose de los picos. Echaban a volar y volvían, medio revoloteando, nueve, diez, once aves, otras muchas aferradas a la rejilla de la ventana, algunas posadas en los árboles próximos, no exactamente cantando pero sí, cómo se dice, gorjeando o trinando o chillando, se atacaban las unas a las otras en los barrotes o se debatían a media altura, las aves camaleónicas, las aves parlantes, las aves capaces de alimentarse boca abajo.

Por las noches se detenía en el umbral de su puerta y le veía dormir. Permanecía así una hora y luego se conectaba a la red para observar los coches que iban comenzando a aparecer en la carretera de dos carriles que entraba y salía de Kotka, Finlandia, absorta en su contemplación hasta que, por fin, lograba dormirse con la llegada de la luz nórdica.

Capítulo 5

Una vez más, hacía una de esas mañanas perezosas, brumosas y detenidas, y el teléfono estaba sonando mientras ella, desnuda en la habitación que hacía las veces de gimnasio, inclinada hacia la izquierda, mantenía los ojos cerrados y controlaba el tiempo en la muñeca.

O se sentaba con las piernas cruzadas, la espalda enhiesta, respirando a un ritmo enloquecido. Dejaba escapar el aire por la nariz, visualizando cómo su cuerpo se elevaba y giraba, rotando con cada aliento.

O se paseaba a gatas, las rodillas separadas a la misma distancia que las caderas, el trasero elevado, notando el estiramiento felino de su postura, contorsionando los hombros.

Se detenía y oscilaba lentamente, comprobando sin cesar el tiempo, la mitad de su cuerpo siguiendo el arco de su brazo izquierdo, el brazo del reloj, o apoyando el cuerpo en el brazo y haciendo girar la cabeza cada vez más deprisa, como la segunda manecilla del reloj ausente, la boca abierta y los ojos constantemente apretados.

Oyó un avión que surcaba el cielo y las luces parpadearon repetidamente, el sol, el resplandor, un suceso que logró imaginar con los párpados cerrados, y supo que por fin se había disipado la niebla.

Cuando hacía demasiada humedad y demasiado frío en el porche cubierto hablaban en el cuarto revestido de madera y ella tomaba notas y grababa sus palabras. Él, algunas mañanas, apenas hablaba; otras, sin embargo, se mostraba completamente dispuesto, y ambos se sentaban frente al fuego que previamente había preparado ella y la casa se quedaba como muerta en torno a los dos.

—Estar aquí es algo que me ha sobrevenido. Pertenezco al momento, y abandonaré el momento. Silla, mesa, muro, pasillo,

todos para el momento, en el momento. Me ha sobrevenido. Aquí y cerca. Desde el momento en que me haya marchado, he marchado, estoy marchando. Abandonaré el momento por el momento.

No sabía cómo nombrar aquello. Lo llamaba cantar. Él lo dejaba correr un tiempo, yendo, viniendo, y era canción, era cántico. Ella se apoyaba en él. Habían alcanzado un nivel que demostraba que no se hallaba ajeno a la inspiración. Ella notaba cómo su cuerpo se relajaba, y ello la liberaba de reflexiones laboriosas y la conducía a algo casi incontrolable. Se apoyaba en su voz, riendo. Quería cantar con él, seguir y perder el ritmo, o las palabras, o las cosas, cualquier cosa que él estuviera haciendo, pero no lograba sino reírse.

—Yendo y viniendo me marcho. Me iré y vendré. Partir me ha sobrevenido. Todos, nos veremos, seremos abandonados. Porque estoy aquí y dónde. Y partiré o no o nunca. Y habré visto lo que veré. Si estoy donde estaré. Porque nada sucede entre mí.

Ella se reía, pero él no. De él seguía brotando sin parar, y no era un discurso esquizofrénico ni el grito de cuerpos movientes puestos patas arriba por Dios. Él permanecía sentado, pálido e inmóvil. Ella le observaba. Era puro cántico, transparente, ¿o acaso estaba diciéndole algo a ella? Ella experimentaba una euforia que dificultaba sus intentos por escuchar con atención. ¿Estaría contándole lo que se sentía al ser él, al vivir en su cuerpo y en su mente? Ella intentaba escuchar aquello, pero no podía. Las palabras seguían fluyendo, sensuales y vacías, y ansiaba verle reír con ella, seguirla mientras se abandonaba a sí misma. De esto se trata, sí, ésta es la emoción del auténtico éxtasis. Y cierto terror periférico, o temor a creer, cierto desplazamiento de la propia identidad, pero de esto se trata, ésta es la cuña que conduce al éxtasis, el antiguo y profundo significado de la palabra, los ojos girando hacia arriba en el interior de las órbitas.

—¿Qué es el momento? Tú hablaste del momento. Dime qué significa eso para ti. Muéstrame el momento.

Dijo él:

—Háblale al chisme.

—¿Qué sabes? ¿Quién es Rey? ¿Hablas con él? ¿Hablaste con él alguna vez? ¿Sabes de quién estoy hablando cuando me refiero a Rey? Yo me llamo Lauren. ¿Quién es Rey? Un hombre. Así de alto. Mira. Así de alto. Y con bigote. Un hombre con pelo en el labio

superior. Mírame, cretino. ¿Cómo de alto? Así de alto. Un hombre con una mata de pelo en el labio superior. Pero luego se afeitó el bigote.

Se afeitó el bigote. Había olvidado aquello hasta entonces.

Vio algo por el rabillo del ojo. Volvió la cabeza pero allí no había nada. Sonaba el teléfono. Decidió buscar un óptico porque creía haber visto algo cierto número de veces, o tal vez una o dos, por el rabillo del ojo derecho, o un oftalmólogo, pero sabía que no se molestaría. Sonaba el teléfono. Descolgó el auricular y aguardó a que alguien hablara.

Había llegado el momento de exfoliarse el cuerpo. Se frotó con piedra pómez las plantas de los pies, trabajando en círculos, las almohadillas, los talones, y a continuación volvió a enjabonarse el pie y se lo retorció de nuevo con la mano. Le gustaba sostenerse un pie con la mano. Con paciencia, siguió raspando aquella callosidad solitaria, prolongando la tarea a lo largo de varios días, absorta en ella, todo su cuerpo tenso bajo la plenitud de la intención, inmerso en esa clase de autoconcentración solemne que delimita la separación de la infancia.

Tenía cepillos y limas de esmeril, toda clase de tijeras, tenacillas y cremas que activaban los verbos de corte y recorte. Se examinó los dedos de las manos y de los pies. Tenía un modo propio de aislar cada uno de ellos para escrutarlo atentamente, sirviéndose de una lupa y de un cuadrado de cartón oscuro, y allí saltaban los padrastros y los retazos y los fragmentos de piel muerta y los trozos de uñas, centellas que volaban por el aire.

Daba gusto estar haciendo aquello de nuevo.

Tal vez ocurre que este hombre se encuentra indefenso frente a la verdad del mundo.

¿Qué verdad? Pensó, ¿qué verdad?

Se supone que el tiempo debe transcurrir, pensó. Pero quizá está viviendo en otro estado. Es una clase de tiempo que está sencilla y abrumadoramente allí, extendido, desprovisto de todo acontecimiento, y él carece de la capacidad congénita de reconcebir esta condición.

¿Qué capacidad?

No hay nada que él pueda hacer para imaginar el tiempo existiendo en una secuencia reconfortante, transcurriendo,

fluyendo, sucediendo —el mundo sucede, no le queda otro remedio, lo percibimos— mediante nombres y fechas y diferenciaciones.

Su futuro carece de nombre. Es simultáneo, de algún modo, con el presente. Ninguno tiene lugar antes ni después del otro, y los dos son igualmente accesibles, quizá, aunque sólo sea en su mente.

Las leyes de la naturaleza permiten cosas que de hecho, en la práctica, pensó, nunca ocurren.

Pero que podrían.

Pero que no podrían.

Pero que podrían. Aunque sólo sea en su mente, pensó.

Se preparaba cenas aburridas y ligeras, rápidas, expeditivas. Él, a veces, no comparecía, y otras comparecía pero no comía, y en una ocasión desapareció durante seis o siete horas y ella registró la casa y luego el sendero de acceso en la oscuridad, iluminando los árboles con una linterna y diciendo con voz sosegada: «¿Dónde estás?»

Esperó en el interior con un libro en las manos, un accesorio, sentada y pensando, no pensando, como una mujer que ya conoce lo peor.

Él entró en la habitación en ese instante, sinuosamente, a su solapado modo, como si, como si. Ella observó cómo intentaba adaptar su estructura a una butaca de orejas y se permitió cierta dosis de alivio, una especie de liviandad corporal que la liberó abstraídamente de la impasible mujer del libro.

Pensó en un hombre que se presentara de modo inesperado. No el hombre que estaba allí entonces. Otro hombre. No era nada, era algo que se le ocurrió mientras desayunaba, un hombre que se presentara de repente, como en una película, enfocado en contrapicado. No enfocado sino fotografiado. No enfocado-enfocado sino captado en imágenes cinematográficas, desde abajo, para que parezca cernirse sobre el espectador. Resulta estremecedor el modo en que está hecho, un hombre frente a la puerta, iluminado de tal o cual modo, amenazadoramente, buscando el efectismo, o sorprendido en el sendero del jardín cuando ella desciende del coche, un hombre corpulento que se erige de pronto sobre ella. Es la conmoción del mundo exterior, el impacto, la angustia de la intrusión, y el instante aparece retratado de un modo que resulta profundamente amenazador para dos personas que han estado viviendo aisladas y replegadas en sí mismas. Al final, él resulta ser

el dueño de la casa, un tipo corpulento, sí, para causar mayor efecto, ya mayor pero aún en forma, o no tan mayor, y resulta además que ha venido para hablar del señor Tuttle.

Se vio a sí misma en la escena, en el sendero del jardín, escuchando al hombre. Era tan sólo algo pasajero, una historia que se contaba a sí misma, o que se proyectaba, fácil de olvidar. El hombre le explica que el señor Tuttle, sea cual sea su verdadero nombre, es un familiar lejano, algo así como un primo segundo, o bien que es el hijo, mucho mejor así, de una hermana muy querida, y que ha pasado gran parte de su vida en esta casa, afectado por una enfermedad desconocida, o por alguna dolencia cerebral, mejor aún, y al cuidado de una enfermera contratada a tiempo parcial por el hombre, el dueño, que es un poco cateto, un poco desaliñado, pero sobre todo triste, triste en un sentido familiar, y cuando el dueño y su esposa Alma decidieron trasladarse a vivir a otro lugar, con los niños ya crecidos y a cargo de sus propias familias, decidieron alquilar esta vieja casa tambaleante, su viejo hogar y refugio, para más tarde venderla probablemente, e instalaron al señor Tuttle, cuyo verdadero nombre nunca llega a saberse, en una residencia para personas afectadas por distintos males, un lugar a ciento cincuenta kilómetros de aquí, en situaciones vitales que desbordan incluso las suposiciones más osadas, y a sus familiares nunca se les ocurrió, al oír que había desaparecido de la residencia, que hubiera podido ser capaz de hallar el camino de regreso a la casa, hasta ahora. Ahora sí se les ha ocurrido y aquí está él, el dueño, haciendo preguntas.

Ella, en su imaginación, evita, al igual que hace el dueño, recurrir a la analogía del perro perdido por lo que se refiere al señor Tuttle, por la cosa de los escrúpulos, etcétera, y así acabó la cosa, más o menos, durante el desayuno, con el dueño y la realquilada en el sendero del jardín, ambos contemplando distraídamente la casa.

El nombre de Alma le vino a la mente sin saber cómo. Le parecía completamente creíble. Todo le parecía creíble, incluso el regreso del perro perdido, y la escena lo que tenía es que nunca llegaba al extremo de si ella le delata o no, si renuncia a él, sino que se terminaba ni más ni menos que así, abruptamente.

Recorría la propiedad, percibiendo lo que en ella había, todo cielo y luz, con un martilleo procedente de alguno de los cobertizos

del camino de tierra situado casi a un kilómetro de distancia, un sonido discreto a lomos del viento, y cómo la claridad de las cosas puede hacer más profundo nuestro paso, proporcionarnos algo que atrapar y a lo que aferrarnos, y entonces el martilleo cesó. Ella siguió caminando y pensando. Era una de esas mañanas sin pájaros. En torno a los comederos reinaba una especie de letargo, un vacío tan profundo que quitaba el aliento.

Ya dentro, observó de entrada que llevaba puestos los zapatos que le había comprado, confortables, bien atados, con suela acolchada, y aquello le complació.

Se sentaron en la habitación revestida de madera, separados por una mesita de café sobre la que había colocado el chisme de grabar.

¿Quién le había enseñado a atarse los cordones de los zapatos?

Él la miraba fijamente. Parecía estar mirándola, pero tal vez no era así. No creía que su mirada fuera capaz de buscar las cosas y darles forma. O al menos no de un modo normal. Se supone que el ojo ha de modelar y procesar y pintar. El ojo nos relata una historia que ansiamos creer.

—Y entonces, cuando se me ocurre.

—¿Qué?

—Una cosa de lo más. Días sí años.

—¿Sabes lo que eso significa? Un día. Un año. ¿O acaso me has oído a mí utilizar esas palabras?

—Pronuncia algunas palabras.

—Pronuncia algunas palabras.

—En cuando llega.

—En cuando llega. ¿Cómo? —dijo ella.

—Marcha en marcharse.

—¿Quién se marcha?

—Esto es cuando tú, sí, tú dijiste.

—¿Qué dije yo?

Se dio cuenta de que nunca le había llamado por su nombre. Tan sólo pronunciaba su nombre cuando estaba sola, hablándole a la grabadora. Porque, claro está, admítelo… es un nombre bonito y condescendiente.

Dijo él:

—No lo toques —con una voz que no era exactamente la suya—. Ya lo recogeré yo luego.

Él cayó en el mutismo después de aquello. Sí, cayó. Bajó la mirada, y su ánimo se desplomó, si es que sabía interpretarle correctamente. Ella le recitó una canción infantil en francés. Intentó hacerle repetir uno de los versos y él hizo un esfuerzo, conmovedor e impotente, y ella se sorprendió a sí misma describiendo la escena, mentalmente, a alguien que podría haber sido Mariella, o no, como si él fuera una obra de *art trouvé* y ambas necesitaran, entre ellas, determinar la cuestión de su utilidad.

Las tardes, tan rápidas, su última luz sumiéndose en las colinas situadas al otro extremo de la bahía, en todo cuanto la rodeaba, árboles y tierra y las hojas aplastadas bajo sus pies, óxido y oro umbrosos, y en cierta ocasión una bandada de ocas pasó silenciosamente sobre su hombro, volando bajo el mundo hacia su noche secreta.

Comenzó a comprender que no podía echar de menos a Rey, que no podía tener en cuenta su ausencia, la pérdida de Rey, sin pensar en segundo término en el señor Tuttle.

Cuando descolgó el teléfono que había comenzado a sonar esperó a que la persona que llamaba hablara primero y experimentó una leve y cruel satisfacción en la oscilación de las moléculas perplejas.

Una noche despejada le sacó al jardín y dibujó una constelación con el dedo. Hacía ya tiempo que no contemplaba el cielo nocturno, y el aliento que despedían flotaba humeante en el aire frío. Le situó frente a ella y le introdujo las manos en los bolsillos de su chaqueta, y exhaló ante su rostro palabras que luego le obligó a repetir.

Dijo él:

—La palabra para plenilunio es plenilunio.

Aquello la complació. Era lógicamente complejo y extrañamente conmovedor y circularmente hermoso y cierto… o tal vez no tan circular, sino recto a más no poder.

Tenía que hallar un nombre que pudiera llamarle a la cara.

Encontraba interesante pensar que él vivía en realidades superpuestas.

Hay muchas cosas interesantes, boba, pero ni mucho menos ciertas.

Se recordó a sí misma que necesitaba pilas para la grabadora.

Le gustaba pensar. ¿Qué le gustaba pensar? Estaba teniendo un

día sombrío y quería echarle la culpa a la niebla.

Tal vez caiga, o se deslice, si es que esa palabra resulta útil, de su experiencia del mundo objetivo, de la más profunda descripción del espacio-tiempo, de allí donde no percibe el sentido de su futura dirección, tal vez se deslice hacia la experiencia de ella, de todos los demás, hacia la soleada cronología de los acontecimientos.

¿Soy yo el primer ser humano abductor de extraterrestres?

La niebla, sombría y parda, avanzaba hacia la costa, pero luego perdió forma al tocar tierra y engullirlo todo en su lobreguez de ameba.

Si no existe otro orden secuencial que el que nosotros engendramos para sentirnos a salvo en el mundo, sería tal vez posible, qué, pasar de un estado anónimo a otro, si no fuera porque claramente no lo es.

Se recordó a sí misma que tenía que comprar pilas. Se ordenó a sí misma recordarlo.

Era de esos días en los que a uno se le olvidan las palabras y se le caen las cosas y se pregunta qué es lo que entró a buscar en la habitación porque si uno está ahí es por algún motivo y te dices a ti mismo que tan sólo es cuestión de tiempo hasta que por fin lo recuerdes porque siempre terminas acordándote una vez que estás allí.

La cosa se comunica de un modo u otro.

Se depiló las axilas y las piernas con cera, arrancándose las tiras con un chisporroteo helado. Tenía una crema exfoliadora ácida, de siempre, recetada, y después de arrancarse el pelo se la aplicaba para limpiarse los restos de piel escamosa y casposa y las pequeñas bolitas de cera que le gustaba sostener entre los dedos para imaginarlas, sin morbosidad alguna, como la muerte celular de algo interno.

Se frotó los codos y las rodillas con un cepillo de cerdas duras. Quería que le doliera.

No tenía necesidad de viajar a Tánger para comprar esponjas vegetales o bastoncillos de incienso de azahar. Los había en los centros comerciales, en las estanterías altas, del mismo modo que había cepillos faciales, cuchillas de afeitar y lociones limpiadoras a base de avena. Eso era lo que buscaba, abandonar todos sus anteriores territorios de apariencia física y convertirse en una

vacuidad, en una pizarra humana de la que cualquier semejanza anterior se hubiera visto borrada.

Tenía una crema decolorante y se la aplicó poco menos que en todos sitios para despigmentarse. Se recortó un poco el cabello, y luego un poco más. Una labor tosca que se tornó casi brutal al decolorárselo luego. Deseaba ver en el espejo la imagen de una persona que normalmente pasaría desapercibida, de una persona a la que te han acostumbrado a no ver, alguien despojado de cualquier efecto familiar, un fantasma inmerso en la bruma nocturna de cualquier retrete público.

Empleó astringentes para eliminar los residuos de jabón, las grasas y la suciedad crónica, siempre al acecho. Tenía tiritas de plástico que se adhería a la piel y luego despegaba, arrancando con ello numerosas impurezas encastradas en sus folículos y sus poros.

Un sistema oculto, interesante, el de esas secreciones sebosas, esos sucesos glandulares del cosmos corporal, esas pequeñas supuraciones y erupciones, esas grasas, aceites, sales y sudores incrustados, y también el placer casi erudito de su extracción.

Encontró el tónico muscular que había comprado para Rey poco antes de que se marchara y lo utilizó por utilizarlo.

Se detuvo y le miró, dos cuerpos en una misma habitación. Él pareció alejarse bajo su mirada, replegarse hacia el interior, pero sin malestar alguno, pensó ella, antes bien de modo espontáneo, autónomo, gobernado por alguna ley que hubiera ideado su propio organismo. Depositó las manos sobre sus hombros y le miró a los ojos. Pensó: ¿cuándo comenzaría la gente a mirarse a los ojos? Y eso es lo que hizo, con ojos interrogantes, de pie en la cocina con el señor Tuttle.

No lo toques. Ya lo recogeré yo luego.

Tenía los ojos grises, pero qué importaba. Tenía los ojos grisáceos, dulces, inmóviles y desprovistos de ansiedad. Le miró. Siempre le estaba mirando. No se cansaba. Tenía los ojos grises, casi cetrinos bajo la áspera luz, levemente amarillentos, sin muestra alguna de alarma.

Le enmarcó el rostro con las manos, mirándole de frente. ¿Qué había significado, la primera vez que una criatura pensante cruzó profundamente su mirada con la de otra? ¿Habían tenido que transcurrir cien mil años para que sucediera aquello o había sido lo

primero que habían hecho de trascendente, lo que los había convertido en seres más elevados, modernos, esa mirada que demuestra que estamos solos en nuestras almas?

Dijo:

—¿Por qué pienso que estoy yo más cerca de ti que tú de mí?

No pretendía resultar chistosa. Era cierto, era una paradoja de carácter espectral. A continuación intentó resultar chistosa, recurriendo a palabras dulces y nombres cariñosos, pero no tardó en sentirse ridícula y lo dejó.

Se tomó el desayuno, o tal vez no, dejándose la mayor parte. Luego se detuvo en el umbral que comunicaba la cocina con el largo pasillo que conducía al salón. Ella, sentada a la mesa, esperó. Él dirigió la mirada tras ella, o a través de ella, y ello casi le hizo adivinar lo que estaba a punto de suceder.

Dijo él:

—Pero ¿adónde vas?

Dijo él:

—Tan sólo un rato al pueblo.

Dijo él:

—Pero si no necesitamos nada. Y ya me ocuparé yo si eso ocurre. Sé qué comprar. Necesitamos comprar cómo se llama. Detergente en polvo.

Dijo él:

—¿Qué?

Lo supo casi de inmediato, antes incluso de que él abriera la boca. No lo supo de modo específico, pero lo sintió y percibió el cambio que se producía en él. El té humeaba en su taza. Sentada a la mesa, le observó, y entonces lo supo por completo en ese primer intercambio eléctrico, porque la voz, las voces, no eran suyas.

—Pero no nos hace falta en este preciso instante. Ya lo compraré yo cuando vaya. Ajax. Así se llama. Ahora mismo no tenemos detergente.

Le escuchó y era ella. Quién demonios si no. Esas cosas que ella misma había dicho.

—Áyax, hijo de Telamón, creo, si aún recuerdo bien la guerra de Troya, y tal vez nos haría falta un periódico porque el viejo está bastante rancio, célebre y valeroso guerrero, lancero incomparable, además de detergente en polvo.

Reconoces acaso lo que dijiste algunas semanas antes, y sí, si te lo recitan de nuevo, y sí, siempre que fuera lo último que dijiste, o estuviera entre las últimas cosas que dijiste, a un ser amado al que nunca volverás a ver. Eso era lo que le había dicho antes de que él se subiera al coche y partiera, si tan sólo hubiera podido saberlo, en dirección a Nueva York.

—Sólo voy a dar una vuelta. Eso es todo. Me llevaré el Toyota —dijo, y dijo—: Si es que soy capaz de encontrar las llaves.

Eso era lo que el hombre estaba diciendo desde el umbral, con su aspecto menudo y débil, derrotado por algo. No parecía un acto de memoria. Era la voz de Rey, sin duda, era el alma tonal de su marido, pero no creía que el hombre estuviera recordando. Está sucediendo ahora. Eso es lo que pensó. Le observó debatirse con sus palabras y pensó que estaba ocurriendo, de algún modo, ahora, en su marco, en su tiempo fractal, y él lo único que hace es informar, impotente, de lo que dicen.

Dijo él:

—¿Por qué no te vas a dar una vuelta? Hace un día estupendo. Deja el coche, deja las llaves.

Dijo él:

—Están en el coche. Claro que sí. Las llaves. ¿Dónde, si no? Esto es. ¿Cómo quieres que te lo diga? Siempre es lo mismo.

Permaneció en el umbral, parpadeando. Rey está vivo en la mente de este hombre, en su boca y en su cuerpo y en su polla, pensó ella, y notó su piel eléctrica. Se vio a sí misma, se ve a sí misma arrastrándose hacia él. La imagen está ahí, frente a ella. Está arrastrándose por el suelo y le resulta casi real. Siente que algo se ha separado, que algo se ha desprendido suavemente, e intenta atraerle al suelo con ella, detenerle, conservarle allí, o trepa sobre él o dentro de él, disolviéndose, o se limita a permanecer tendida boca abajo y solloza descontroladamente, contemplándose a sí misma desde arriba.

Podía oler el linimento de él en su propio cuerpo, su tónico muscular, y en ese momento terminó por fin de hablar.

Capítulo 6

Te instalas frente a la mesa y te pones a revisar papeles y dejas caer algo. Pero no lo sabes. Tardas un segundo o dos en enterarte e incluso entonces lo sabes únicamente como una distorsión informe del espacio que hormiguea en torno a tu cuerpo. Tan pronto como te enteras de que has dejado caer algo, sin embargo, lo oyes golpear el suelo con retraso. El sonido se abre paso a través de un inmenso entramado de distancias. Oyes caer el objeto y sabes de qué se trata al mismo tiempo, más o menos, y es un clip sujetapapeles. Lo sabes por el sonido que hace al estrellarse contra el suelo y por el recuerdo recuperado de la propia caída, del objeto cayéndose de tu mano o desprendiéndose del borde de la página a la que estaba sujeto. Se desprendió del borde de la página. Ahora que sabes que lo has dejado caer, recuerdas cómo ocurrió, o lo medio recuerdas, o es como si lo vieras tal vez, o es otra cosa. El clip golpea el suelo con un rebote integral, débil y liviano, un sonido para el que no hay onomatopeya posible, el sonido de un clip al caer, pero cuando te inclinas para recogerlo no está allí.

Aquella noche se detuvo frente a la puerta de su cuarto y le oyó quejarse. El sonido consistía en una serie de débiles gemidos, casi gritos, monótonos y uniformes. Dejaba tras de sí un leve eco, como una resonancia, y se hallaba impregnado de una desolación que barría a un lado todas las palabras, suyas o ajenas.

No sabía qué significaba. Por supuesto que lo sabía. Carecía de superficie protectora. Era un ser solitario e incapaz de improvisar, de inventarse a sí mismo. Se dirigió a la cama y se sentó junto a él, ofreciéndole contacto físico y sonidos apaciguadores, elementos para suavizar la noche.

Estaba asustado. Así de simple y así de cierto. Ella intentó reconfortarle, impermeabilizarle a sus temores. Allí estaba, en el aullido del mundo. Aquello era el rostro vociferante, lo desnudo, lo

no-comosi de las cosas.

Pero ¿cómo podía ella saber esas cosas? No podía.

Quizá no era más que un desequilibrado, un chiflado poco corriente. Y tampoco es que los chiflados sean nunca corrientes. Un chiflado que se esforzaba por habitar en voces ajenas.

Yacía acurrucado bajo una manta delgada. Le destapó y se tendió sobre él. Se supone que tienes que ofrecer consuelo. Le besó en el rostro y en el cuello y le frotó para hacerle entrar en calor. Introdujo la mano en sus calzoncillos y comenzó a unir su respiración a la suya, a guiarle con pequeños gemidos jadeantes. Esto es lo que hay que hacer cuando están asustados.

Creyó haber visto un pájaro. Por el rabillo del ojo vio algo que se alzaba al otro lado de la ventana, algo extraño y pajaril, pero que quizá no era un pájaro. Miró y era un pájaro cuyo cuerpo horizontal de franjas pardas describía una línea de vuelo perfectamente vertical, un gorrión, pero no suspendido en el viento, sino generando su propia suspensión hasta desaparecer de pronto.

Lo vio básicamente en retrospectiva, porque al principio ignoraba lo que estaba viendo y hubo de recrear aquel instante fantasmal, escribirlo como si se tratara de un párrafo perteneciente a una novela, y acaso no fuera un gorrión en absoluto sino algún otro pájaro más pequeño, gris en lugar de pardo y con manchas en lugar de franjas, aunque no tan pequeño como un colibrí, y cómo podría saberlo jamás con seguridad a no ser que sucediera de nuevo, y aun así, pensó, y aun así de nuevo.

No es cierto porque no puede ser cierto. Rey no está vivo en la conciencia de este hombre, ni en sus tiempos verbales palpables, ni en su *continuum* de *walkie-talkie*.

Bonita palabra. ¿Qué significa?

Pensaba que significaba algo continuo, un todo continuo, y la única manera de distinguir una parte de la otra, esto de aquello, ahora de entonces, es estableciendo divisiones arbitrarias.

Eso es exactamente lo que él no sabe hacer.

Seguía ocupada en ejercitar su cuerpo, agachada sobre el frío suelo, percibiendo su propio olor.

Pero no puede ser verdad que se deslice de una realidad a otra, independientemente de la lógica del tiempo. Esto no es posible. Estamos hechos de tiempo. Ésa es la fuerza que nos revela quiénes

somos. Cierra los ojos y siéntelo. Es el tiempo lo que define nuestra existencia.

Pero de esto se trata, de que él atraviesa y permea, de algún modo, otros niveles del ser, otras vidas temporales, y ello constituye un aspecto más de su perplejidad y de su dolor.

De algún modo. La expresión más débil del lenguaje. Como más o menos. Y como quizá. Siempre quizá. Se pasaba la vida con el quizá a cuestas.

Se arrodilló, el cuerpo enhiesto y rígido, las piernas separadas, la cabeza y los brazos hacia atrás, la pelvis adelantada.

Deja caer los brazos.

Deja oscilar la mano derecha sobre el pie derecho y luego la izquierda sobre el izquierdo.

Todo fluye hacia atrás desde la pelvis.

Deposita las palmas sobre las plantas, encajando las manos con los pies.

El tiempo es la única narrativa que importa. Alarga los sucesos y hace posible que suframos y que nos recuperemos y que veamos ante nosotros la muerte y que nos repongamos. Pero no en su caso. Él habita una estructura distinta, una cultura diferente en la que el tiempo es algo parecido al tiempo, puro y desnudo, desprovisto de refugio.

Mantén tu posición.

Todo fluye hacia atrás desde la pelvis, hasta el pecho y los hombros y los brazos, hasta la cabeza, doblada furiosamente hacia atrás.

Mantén la posición, respirando con normalidad, luego de modo forzado.

Repítelo.

El viento comenzó a soplar a mediodía, y aún estaba sacudiendo las ventanas cuando recorrió los pasillos cinco horas después.

Estaba sonando el teléfono.

En la cocina, él dejó caer un vaso de agua y ella extendió un brazo al ver extenderse las salpicaduras de humedad sobre el suelo de parquet.

Aquel viento estridente la desazonaba, la hacía volverse hacia sí misma, lo que en cierto modo era peor que las nevadas que todo lo cubren o que los depósitos de hielo que estropean las líneas de alta

tensión.

Encendió la chimenea y a continuación salió de la estancia y subió las escaleras, oyendo jadear las paredes bajo el esfuerzo.

En la cocina dijo:

—No lo toques.

Las mejores cosas de aquella casa eran el suelo de parquet de la cocina y la barandilla de roble de la escalera. Tan sólo diciendo las palabras. Pensando las palabras.

Dijo:

—No lo toques —y extendió un brazo, alargó la mano para anticiparse a cualquier esfuerzo que pudiera hacer él por recoger los trozos—. Ya lo recogeré yo luego.

El viento tiene algo. Te despoja de cualquier seguridad, internándose en ti, continuamente, haciéndote sentir la fragilidad oculta de todo cuanto te rodea, toda la materia sólida de cien empeños distintos, por muy simples, elementales y rudimentarios que sean.

Lo recogió por fin. No esperó a después. Había algo en aquel momento que necesitaba conservar.

Cogió el teléfono, que seguía sonando, y era el abogado de Rey al otro lado del hilo. Algo referente a unas deudas. Estaba lleno de deudas. Tenía obligaciones y pérdidas. Las deudas se le acumulaban sobre más deudas. Aquello le hizo sentirse bien. Era el mismo Rey de siempre. Experimentó una oleada de afecto incluso a medida que las noticias le recordaban su propia y cada vez más precaria situación financiera. Aquél era el Rey que ella había conocido, y no ningún otro. Estaba segura de que no debía de haber estado al tanto de la situación, o bien la había considerado lo bastante integral dentro de sus circunstancias vitales como para que conocerla no fuera sino una forma más de no conocerla. Algo que apenas ocupaba en la conciencia el espacio que precisaría una tos suave en un día de verano. Había préstamos pendientes, cuentas atrasadas e impuestos largamente pasados de fecha. El hombre iba recitando las cifras con una voz que traslucía un matiz administrativo. Le señaló las consecuencias, los siniestros tránsitos de responsabilidad conyugal. Ella se echó a reír alegremente y le deseó buena suerte.

Y entonces, él dejó de comer. Ella le sentaba a la mesa y le alimentaba a mano. Le apremiaba y le provocaba. Él aceptaba algo

de comida, pero cada vez menos. Intentó alimentarle por la fuerza, pero él lo rechazaba casi todo de un modo pasivo, apartando la cabeza, o lo aceptaba y luego lo dejaba resbalar entre sus labios, dejándolo colgar o vomitándolo.

Ella misma empezó a comer menos. Le miraba y se le quitaban las ganas de comer. Él no comió prácticamente nada durante tres días seguidos, y ella poco más. En cierto modo, resultaba apropiado. Era algo que no se le habría ocurrido a ella sola.

Le miró. Pobre infeliz. Le observó con toda la intensidad de los primeros instantes y de las primeras horas, pero había algo en su propia mirada que ahora se le antojaba distinto, casi como una devoción letal.

A veces le seguía por toda la casa. Le veía dormir. Las mañanas grabadas en cinta, las preguntas y las respuestas, las pequeñas lecciones y memorizaciones, todo ello se desvanecía en un torbellino de conversación distraída y unos silencios más o menos acordados de antemano. En cierta ocasión le ayudó a terminarse la sopa, cucharada a cucharada, mientras estaba sentado en el retrete. Los días eran apagados y monótonos.

Por fin, subió al coche y comenzó a recorrer las carreteras secundarias, los caminos rurales, todos esos lugares a los que no va nadie, y luego dejaba el coche y recorría a pie los campos hasta alcanzar la cota más alta, los montículos o las laderas, y una vez allí se resguardaba el rostro con ambas manos y oteaba la zona, buscando al señor Tuttle.

Desde lejos, ¿qué aspecto tendría, caminando como caminaba, estrechamente, en su espacio curvado?

Como si fuera una de esas personas que pueden pasar desapercibidas con facilidad. Como si fuera de esos que uno ve en teoría pero sin registrar su presencia del modo interpretativo habitual.

Como un hombre anónimo ante sí mismo.

Como alguien al que ves y luego olvidas haber visto. Así, de repente.

No había logrado encontrar unos prismáticos en toda la casa y en cualquier caso qué más daba. No andaba por aquí fuera. Sin embargo, ella siguió explorando la zona durante horas desde diferentes atalayas, las manos junto a las sienes para protegerse del

resol.

¿Cómo podía semejante superávit de vulnerabilidad hallarse solo en el mundo?

Porque así está hecho. Porque es vulnerable. Porque está solo.

O le ves boca abajo, tal y como ve el ojo antes de que la mente intervenga.

Regresó conduciendo a casa y la registró entera, habitación por habitación, una vez más. Pensó en subir las escaleras y recorrer el pasillo y subir al tercer piso y encontrarle en el pequeño dormitorio situado junto al gran salón vacío del fondo del pasillo, igual que había sucedido la primera vez, sentado en calzoncillos en el borde de su cama.

Pero cuando no estaba allí ella sabía que no estaría, si es que eso tiene sentido. Pocas zancadas antes de alcanzar el umbral sabía que no estaría y luego no estaba. Lo había sabido desde el principio.

No podía hacer otra cosa que recorrer los salones y echarle de menos. Había desaparecido tan completamente que no quedaba de él nada, ni el más leve aliento de presencia, pero incluso a medida que las habitaciones se vaciaban en torno a ella era consciente de algo en el interior de su cuerpo que intentaba no dejarle escapar.

Comenzó a llamar a las instituciones, consciente de la ironía implícita, oyendo voces grabadas y oprimiendo botones de opciones y conversando de vez en cuando con personas que hablaban con una voz artificial que lograba transmitir cierta preocupación.

Se concedió a sí misma dos días para la tarea. En la tarde del segundo día habló con el director del pabellón psiquiátrico de un modesto hospital situado como a una hora de distancia en dirección sur y el hombre le dijo que un paciente que encajaba a grandes rasgos con su descripción había ingresado el día anterior y se encontraba aún pendiente del resultado de las pruebas realizadas.

No insistió en los detalles. Quería creer que se trataba de él, que estaba siendo atendido y alimentado, que estaba limpio y medicado y a salvo… libre, por fin, de sufrimiento.

Mas ¿por qué iba a ser él? Él no estaba mal de la cabeza. ¿Por qué de entrada, nada más descubrirle, se le había ocurrido llamar a los psiquiátricos? No se comportaba como un loco, sino tan sólo como una persona limitada en cuestiones de articulación y comprensión. ¿Por qué había pensado que había en él algo

psicótico, salvo en el sentido de que siempre terminamos por considerar locas a aquellas personas que amenazan nuestras presunciones?

Al fin y al cabo, sí que podía ser él.

Tenía una cosa que solía meterse en la boca, un artilugio afilado, no muy grande, de plástico, que se apretaba contra la parte posterior de la lengua para eliminar cualesquiera restos que pudieran acumularse allí, vestigios de comida, mucosidades y bacterias.

No se trataba de una defensa contra los sistemas naturales del organismo. Era algo que le gustaba hacer.

Calculaba todos los requisitos posibles. Luego, los sobrepasaba. Despedazaba su factibilidad. Era lo que había que hacer. Era preciso alterar la forma visible hasta alcanzar la lengua. Estaba suprimiendo algo, cerrando vías de acceso a su propio yo, hasta erosionar el extremo más profundo de la lengua, oculto a la mirada. La mente se lo imponía al cuerpo.

Era necesario porque necesitaba hacerlo. Eso es lo que lo hacía necesario.

Su futuro no está en construcción. Está ya ahí, susceptible de verse penetrado.

Lo tenía en cinta.

No quería creer que tal fuera el caso. También era su futuro. También es su futuro.

Reprodujo la cinta una docena de veces.

Significa que tu vida y tu muerte ocupan ya su lugar; lo único que esperan es que acudas puntual a tus citas.

Le oyó decir: No lo toques. Ya lo recogeré yo luego.

Es eso de lo que no sabes nada.

Y entonces lo dijo ella misma, algunos días después. Le había tenido allí, con ella. Era su futuro, no el de él.

¿Hasta qué punto interviene el mito en nuestra experiencia temporal?

No lo toques, dijo ella.

Él había sido consciente de que ocurriría aquello. Ésas eran las palabras que ella pronunciaría. Que le había tenido allí, con ella.

Ya lo recogeré yo luego.

Quería crear su propio futuro, no acceder a un estado ya

adaptado a sus características.

Algo está pasando. Ha pasado. Pasará. Eso era lo que creía. Existe una historia, un flujo de consciencia y de posibilidades. El futuro nace.

Pero no para él.

Él no ha aprendido el lenguaje. Tiene que haber un punto imaginario, un no-lugar en el que el lenguaje se cruza con nuestras percepciones del tiempo y del espacio, y él es un forastero en esa encrucijada, desprovisto de palabras y de orientación.

Pero ¿qué sabía ella? Nada. Esto es el imperio del tiempo. Aquello de lo que no sabes nada.

Le oyó decirlo en la cinta, con una voz que probablemente era la de ella.

Pero también podría habérselo inventado ella, al menos en gran parte. No partiendo de cero, pero sí en retrospectiva, en el recuerdo.

Pero lo tenía grabado y era él y lo estaba diciendo.

Entonces lo dijo ella misma pero y qué. Y qué si ella decía eso mismo con las mismas palabras.

No significa nada. Que varias personas digan lo mismo.

Le tenía grabado, diciéndolo, pero era fácil que pudiera haber recordado mal lo que ella misma dijo al dejar caer el vaso de agua. Podría haber sido algo distinto. Levemente distinto, imperceptiblemente diferente.

Pero qué más da si es lo mismo.

El pasado, el presente y el futuro no son formalidades del lenguaje. El tiempo se desdobla de entre las costuras del ser. Pasa a través de ti, fabricándote y modelándote.

Pero no si tú eres él.

He aquí a un hombre que recuerda el futuro.

No lo toques. Ya lo recogeré yo luego.

Pero si examinas la cuestión metódicamente. Sé lista, pensó, y analízalo con frialdad. Redúcelo a fragmentos y escrútalo.

Si examinas la cuestión metódicamente, observarás que se trata de un hombre retrasado y a la vez patéticamente dotado en ciertas áreas especializadas, tales como retentiva de recuerdos y capacidad de imitación, un hombre que había permanecido oculto en una casa grande, escuchando.

Es lo único que tiene sentido.

Es lo que nadie comprende. Pero eso te edifica y te forma. Y todas esas noches, desde que él se marchara, ella se sentaba a veces con un libro en el regazo y los ojos cerrados, y le sentía vivir en algún lugar de la oscuridad, y donde él está hace más frío, un clima más invernal, y ansiaba acogerle, esforzarse por conocerle en los espacios en los que acecha su caos, en las estancias de aristas suavizadas y los verbos desenmarañados, las partes del discurso en las que se supone que él debe localizar su existencia, y en el lugar físico en el que Rey habita en él, vivo de nuevo, palabra por palabra, caricia a caricia, y ella abría y cerraba los ojos y pensaba fugazmente que el mundo ha cambiado.

Traspasa los límites de lo humano.

Estuvo unos días sin contestar al teléfono, algo que ya había hecho de modo intermitente desde los primeros días de antes, y cuando comenzó a responder de nuevo, lo hizo con otra voz.

Sus ojos hubieron de ajustarse al cielo nocturno. Se alejaba de la casa, lejos del chorro de luz, y el firmamento se tornaba más profundo. Lo observaba durante largo rato y veía cómo comenzaba a extenderse y a fundirse y a hacerse más profundo aún, desarrollando estratificaciones y magnitudes y años luz en cifras tan inaprensibles que alguien tenía que inventar nombres idiotas mediante los cuales representar esos despliegues de unos y de ceros y poderes y dominaciones porque sólo el lenguaje infantil que usamos para arropar a los niños puede rescatarnos del sobrecogimiento y la vergüenza.

Al principio, la voz que utilizaba al teléfono era una voz anónima, una voz humana genérica y neutra, pero luego empezó a usar la de él. Era su voz, un sonido seco y aflautado, hueco, como un pájaro que zumbara en su lengua.

BODY ART IN EXTREMIS: LENTO, AUSTERO Y DOLOROSO

Estamos sentados en el lóbrego salón superior de un café árabe de Cambridge, Massachusetts, y Lauren Hartke está comiendo ensalada de queso de cabra, agresivamente, como si estuviera enfadada con ella.

Entre bocado y bocado habla de la *performance* que ha creado recientemente en un espacio del Centro de Boston para las Artes que es más parecido a una mazmorra.

Se ha transformado asombrosamente a sí misma para el acontecimiento, y aunque el breve espectáculo ya ha concluido, aún conserva un aspecto… no sé, devastado.

Más que pálida, se diría que su piel es incolora, exangüe e intemporal. Está esquelética y tiene los ojos ligeramente saltones. Su cabello muestra un aspecto terrorista. No lo lleva recortado sino cortado a hacha, y su brillo castaño natural se ha tornado blanco ceniza, con leves vestigios de rosa.

¿Puedo utilizar la palabra «albino» y confiar en que vuelvan a servirme de comer en esta ciudad?

—Es vanidad. No es más que eso —dice ella—. Pero la vanidad es algo esencial para un actor. Es un vacío. De ahí viene el término. Y eso es sobre lo que construyo y para lo que trabajo.

Hartke, de treinta y seis años, estaba casada con el director de cine Rey Robles cuando éste se suicidó. Su padre, el doctor Robert Hartke, es un estudioso de la Antigüedad clásica que pasa sus años de jubilación como voluntario de campo en unas excavaciones arqueológicas en el mar Egeo. Su madre, Genevieve Last, ya fallecida, era arpista de la Sinfónica de Milwaukee. Tiene también un hermano mayor, Todd, que trabaja en el Departamento de Estado como especialista en temas chinos.

—Ignoro si la obra consiguió lo que yo quería que consiguiera —está diciendo—. Parte de ella aún está cobrando forma en mi

mente.

La obra, titulada *Body Time*, se paseó subrepticiamente por la ciudad durante tres noches, anunciada únicamente mediante el boca a oreja, y convocó a ávidos auditorios cuya intensidad no siempre lograba mantenerse durante toda la duración del espectáculo. Claramente, Hartke quería que su público percibiera el paso del tiempo de un modo visceral, incluso doloroso. Esto es lo que ocurrió, esto es lo que produjo las desbandadas entre los menos comprometidos.

Se perdieron lo mejor.

Hartke es una artista del cuerpo que se esfuerza por desembarazarse del cuerpo… del suyo, al menos. Está el hombre que se pone de pie en una galería de arte y deja que uno de sus colegas le dispare balas al brazo. Eso es arte. Está el hombre esplendorosamente tatuado que se ha enfundado una corona de espinas. Eso es arte. La obra de Hartke no es ni automutilante ni autodestructiva. Está actuando, siempre ocupada en convertirse en otra persona o en explorar quién sabe qué raíces de identidad. Está la mujer que pinta cuadros con la vagina. Eso es arte. Están el hombre y la mujer desnudos que se embisten repetidamente y cada vez con más fuerza. Eso es arte, sexo y agresión. Está el hombre ataviado con ropa interior femenina ensangrentada que finge el coito con una montaña de carne picada. Eso es arte, sexo, agresión, crítica cultural y certidumbre. Está el hombre que se clava clavos en el pene. Eso es simplemente certidumbre.

La pieza de Hartke comienza con un escenario desnudo en el que una anciana japonesa gesticula con los estilizados ademanes propios del teatro Nō, y concluye setenta y cinco minutos después con un hombre desnudo, demacrado y afásico, que intenta desesperadamente decirnos algo.

Yo asistí a dos de las tres representaciones y no tengo la menor idea de cómo hace Hartke para alterar su cuerpo y su voz. Cuando habla del tema lo hace sólo en términos generales.

—El cuerpo nunca ha sido mi enemigo —dice—. Siempre me he visto guapa en mi cuerpo. Le he enseñado a hacer cosas que otros cuerpos no pueden hacer. Me absorbe de un modo desinteresado. Intento analizar y rediseñar.

(Revelación personal. Hartke y yo somos dos antiguas

compañeras de universidad que han conservado un contacto bastante regular. Solíamos hablar de filosofía. Yo asistía a conferencias. Ella fue lo bastante retorcida como para especializarse en el tema hasta que terminó por renunciar a los estudios para unirse a un grupo de artistas callejeros de Seattle.)

Casi toda la obra transcurre bajo acompañamiento sonoro en forma de la anónima voz robótica de un contestador automático que recita un mensaje pregrabado. El mensaje se reproduce una y otra vez sin descanso, hasta el punto de que comienza a integrarse en la textura visual de la *performance*.

La voz permea especialmente la sección central. En ella puede verse a una mujer con atuendo de directiva que lleva un portafolios en la mano, consulta la hora en el reloj de pulsera y alza la mano para detener un taxi. La mujer (inspirada tal vez por la dama japonesa) se desliza de una acción a la siguiente con movimientos notablemente formales. Lo hace varias veces, innumerables veces. Luego, vuelve a hacerlo, describiendo una especie de pirueta a cámara muy lenta. Uno se sorprende a menudo a sí mismo observando y escuchando con una fascinación hipnótica, sintiéndose física y mentalmente suspendido, o lanza un vistazo al reloj y se marcha por el pasillo arrastrando los pies en dirección a la noche.

Dice Hartke:

—Sé que algunas personas piensan que la pieza es demasiado lenta y demasiado repetitiva, creo, y también demasiado intrascendente. Pongo demasiado en ella. Debería ser más austera, más lenta aún de lo que ya es, más larga incluso. Tendría que durar tres putas horas.

—¿Por qué no cuatro? ¿Por qué no siete?

—¿Por qué no ocho? —dice ella.

Le pregunto por el vídeo que se proyecta sobre la pared del fondo durante la obra. Muestra simplemente una carretera de dos carriles apenas transitada. Pasa un coche por aquí, otro por allá. Una ventana digital muestra el tiempo transcurrido.

—Es algo que tiene que ver con el pasado y el futuro —dice—. Lo que podemos saber y lo que no.

—Pero aquí conocemos ambos.

—Conocemos ambos. Vemos ambos —dice, y eso es todo cuanto

dice.

Permanezco sentada y espero. Mordisqueo mi *baba ghanouj*. Miro a Hartke. ¿Qué *es* un *baba ghanouj*?

—Tal vez el truco consiste en tener una concepción distinta del tiempo —dice al cabo de un rato—. En detener el tiempo, o estirarlo, o abrirlo. En inventar una naturaleza muerta viva, en lugar de pintada. Cuando el tiempo se detiene, nos detenemos también nosotros. No nos detenemos, pero nos sentimos desnudos, perdemos aplomo. No sé. Como cuando soñamos o tenemos fiebre alta o estamos drogados o deprimidos. ¿Acaso el tiempo no se ralentiza o parece detenerse? ¿Qué queda? ¿Quién queda?

El último de sus cuerpos, el hombre desnudo, aparece desprovisto de un lenguaje y una cultura reconocibles. Se mueve de una manera peculiar, como si estuviera en un cuarto oscuro, sólo que más lenta y más gestualmente. Quiere decirnos algo. Podemos oír intermitentemente su voz grabada, y Hartke sincroniza las palabras con sus labios.

Me pregunto si alguna vez en mi vida he visto a alguien tan solo en un escenario.

Sus palabras no son otra cosa que un monólogo desprovisto de contexto. Los verbos y los pronombres se dispersan en el aire y entonces tiene lugar algo sorprendente. El cuerpo salta a otro nivel. A lo largo de una serie de movimientos electroconvulsivos, el cuerpo se descontrola y comienza a restallar y a girar de un modo sobrecogedor. Hartke obliga al cuerpo a hacer unas cosas que sólo había visto en los dibujos animados. Se trata de un ataque que en apariencia traslada volando al hombre de una realidad a otra.

La obra está a punto de terminar.

Aspiro profundamente y formulo la pregunta que no quería formular. Tiene que ver con Rey Robles, con su breve matrimonio y con la conmoción producida por su suicidio.

Ella me traspasa con la mirada. Yo insisto quejumbrosamente, recordándole la única vez que los tres estuvimos juntos en Roma, el día en que Rey se presentó a cenar con un gato callejero encaramado al hombro.

El recuerdo penetra en sus ojos y sus hombros se hunden casi imperceptiblemente. Le echo la culpa al aparato grabador que descansa sobre la mesa. Es un grabador de voz elegantemente

ergonómico de diez centímetros de largo y unos cuarenta gramos de peso que, además, ofrece la posibilidad de grabar mensajes, y éste es el demonio que me obliga a hacerlo.

Ella permanece con la mirada fija en el vacío.

—Qué sencillo me resultaría poder decir que esta obra nace directamente de lo que le ocurrió a Rey. Pero no puedo. Sería estupendo poder afirmar: éste es el drama de los hombres y las mujeres ante la muerte. Quiero decir eso, pero no puedo. Es todo demasiado pequeño, demasiado aislado y complicado, y no puedo, no puedo y no puedo.

Entonces, hace algo que me paraliza en el asiento. Cambia a otra voz. Es su voz, la del hombre desnudo, escalofriante como el sonido de un instrumento de viento procedente del armario. No grabada, sino en vivo. No efectuada mediante un doblaje sincronizado, sino real. Me está hablando a mí, y yo escruto el rostro de mi amiga pero no alcanzo a verla del todo. Ignoro qué está haciendo exactamente. Casi puedo creer que cuente con unos genitales masculinos, como en la obra, prostéticos por supuesto, y tal vez con una faja de color carne para disimular los senos y un poco de vello adherido al pecho. O que haya adiestrado su torso para deshincharse y su abdomen para inflarse. La creo muy capaz.

Dice que va al cuarto de baño. Cuando aparece una camarera con la cuenta, se me ocurre que puedo desconectar la grabadora.

La fuerza de la obra reside en el cuerpo de Hartke. A veces convierte la feminidad en algo tan misterioso y tan potente que logra abarcar ambos sexos y aun cierto número de estados innombrables. En el pasado ha habitado en el cuerpo de adolescentes, de predicadores pentecostales, de una mujer de ciento veintiún años que sobrevive a base de yogur y, lo más memorable, de un hombre embarazado. En esta pieza su arte es oscuro, lento, difícil y a veces atormentador. Pero nunca llega a ser una de esas grandiosas agonías de imágenes y decorados agobiantes. Trata de ti y de mí. Lo que comienza en una alteridad solitaria se torna familiar e incluso personal. Trata de quiénes somos cuando no estamos ensayando quiénes somos.

Sigo sentada, esperando a Hartke, pero no regresa.

Mariella CHAPMAN

Capítulo 7

La ardilla muerta que ves en el sendero del jardín, muerta y decapitada, resulta ser un arrugado trozo de arpillera, pero aun así lo contemplas y pasas junto a él sintiendo una punzada de terror y compasión al mismo tiempo.

Porque estaba aislada. Porque el humo se alzaba flotando desde las hondonadas de las colinas boscosas y los helechos aparecían abrasados por el tiempo. Se percibía en los páramos cierta severidad de juicio, con sus distintas tonalidades de tierra chamuscada bajo los oscuros cielos, y también en los peñascos esparcidos junto a la linde de los pinares, con su ancestral temperamento pétreo, su obstinación e inflexibilidad de juicio. Y porque él mismo había dicho lo que había dicho: que ella estaría allí al final.

Tenía un suéter cochambroso, un jersey, y se lo puso al revés por error, y a continuación permaneció inmóvil decidiendo si se lo quitaba para ponérselo de nuevo como es debido o si aceptaba la leve incomodidad de aquel cuello demasiado elevado sobre la garganta. Era un jersey cerrado de cuello vuelto. Podía notar cómo la etiqueta le arañaba la garganta. No se la arañaba exactamente, sino que era otra cosa, y se introdujo los dedos índice y corazón bajo el cuello, extendiendo los codos hacia fuera, y caviló sobre la vacuidad de su propia decisión.

Decían lúgubre invierno lúgubre.

Pero ella se encuentra aquí de nuevo, en la casa, tal y como él vaticinó, rebasada ya la fecha del contrato de alquiler. Tampoco es que recuerde sus palabras exactas. Pero esto es lo que creyó comprender al oírle, o ésas fueron sus palabras inexactas, o su significado claro o nebuloso. Ha prolongado el alquiler, sean cuales fueren las palabras que él utilizara, y sabe que si lo ha hecho ha sido para hacer cierta su observación, lo que probablemente anula cualquier verdad que pudiera haber habido en ella. No son las

circunstancias lo que la han mantenido allí, ni un azar inesperado, sino tan sólo la propia observación, que apenas recuerda haberle oído pronunciar.

Se quitó el jersey y al hacerlo se golpeó la mano con la lámpara colgante. Siempre olvidaba que estaba allí. Luego se puso el jersey por encima de la cabeza, la parte delantera por delante, tal y como lo habían previsto los taiwaneses que lo diseñaron.

Sabía que eran las cinco y media, y consultó su reloj de pulsera. Exacto.

Cuando no lograba recordar su aspecto físico se apoyaba en un espejo y allí hallaba su presencia, no real sino sugerida, apenas presente, pero allí en cierto modo, desde cierto punto de vista, en algunos espejos más que en otros, y era más que una reproducción pesarosa, pues dependía de la hora y de la luz y de la calidad del cristal, de las estrategias del cristal, con su inversión de la derecha y la izquierda, en esta habitación o en aquélla, porque todas las imágenes de todos los espejos no son sino virtuales, incluso cuando uno espera verse a sí mismo.

Subió las escaleras, y al llegar al rellano sus dedos acariciaron el remate de la pilastra. Era algo que siempre hacía porque no podía evitarlo, quería percibir el grano del roble, las grietas y las hendiduras labradas en la madera. La aguda pilastra, rematada de acanto, era casi lo mejor que tenía la casa junto con el suelo de parquet de la cocina.

Después de cenar estuvo viendo las imágenes de Kotka, en Finlandia.

Durante cinco días seguidos utilizó el coche para trasladarse hasta la punta, el cabo, porque las gaviotas posadas, con ese aspecto algo regordete sobre las patas zancudas, se convierten durante el vuelo en portadoras oblicuas de todo ese tiempo circundado de piedra, extrayéndolo de la geología, de la ciencia y de la mente, y proporcionándole altura y sostén y cuerpo, incorporándolo a sus músculos de navegación y a su torrente sanguíneo, al recio martilleo de sus corazones, de sus corazones metronómicos, y porque sabía que aquél era el día en que sucedería.

Escuchó el sonido que hacía el papel de aluminio al avanzar a lo largo del borde serrado de la caja cuando lo arrancaba del rollo.

Los radiadores comenzaron a emitir un golpeteo metálico, algo

que últimamente ocurría con frecuencia.

Se sentó para dar cuenta de la comida que había en el plato y pensó: No tengo hambre. Estaba sonando el teléfono. A veces pensaba con palabras rotundas y perfectamente construidas. No estaba segura de cuánto tiempo llevaba ocurriendo aquello, un día tal vez, o un mes, porque era como si llevara sucediendo desde siempre.

Tal vez se creía capaz de adaptarse a la realidad de él, de asimilar la logística de su palabra y de su pensamiento, exactamente del mismo modo que él parecía apañárselas a la hora de atravesar una reflexión o una estancia.

Puede ser que haya ocasiones en las que nos deslizamos hacia otra realidad sin que seamos capaces de recordarlo, sin reconocer la certidumbre de ese acontecimiento porque absorberla nos resultaría demasiado abrumador.

Esto es lo que ocurriría. Lo representó hasta cierto punto, mentalmente, en las habitaciones y los pasillos, y entonces se interrumpió.

Descendió por el cortafuegos, dejando atrás la casa en ruinas y la cruz blanca recién pintada que se alzaba del aguilón en forma de A, con el cartel de salvado en primer plano.

Limpió el cuarto de baño, sirviéndose para ello del vaporizador de desinfectante. Luego se aproximó la embocadura del vaporizador a la sien, viéndose a sí misma como alguien que hace lo que cualquiera haría a solas, sin ninguna relación especial con las circunstancias de la persona. Era el bote con aroma a pino, el bote de pistola para limpiar alicatados y junturas, el eliminador de moho, y sostuvo la embocadura contra su cabeza mientras apoyaba el dedo sobre el gatillo de plástico y dejaba colgar la lengua para realzar el efecto.

Esto es lo que hacen las personas, pensó, solas en sus vidas.

Se sentía feliz en cierto modo, en muchos, agazapada en su esperanza, con una casa a la que regresar después de las largas mañanas que pasaba vagabundeando por bosquecillos de pinos y piceas en los que se entretenía bautizando en su nombre plantas cenagosas, deletreando las palabras, o tardes enteras en las que se acuclillaba sobre las enormes losas de granito del cabo, del promontorio, y veía acumularse las nubes y remontarse cada vez

más las crestas ensordecedoras de las olas, porque eso era lo que sucedería cuando regresara y tuviera que deslizar los dedos sobre los apelmazados mechones de algas sabiendo que tendría que subir las escaleras, acariciar el remate de la pilastra y recorrer el pasillo en dirección a una época que sólo le pertenecía a él.

Las historias que se contaba a sí misma no parecían exactamente suyas. Participaba en ellas de un modo tan disparatado que parecían provenir de una fuente más profunda, independientemente de lo que ello pueda implicar, de algo que comenzaba a superarla. ¿De dónde procedían? No de los periódicos. Hacía ya algún tiempo que no leía ninguno. Vio un periódico en el pueblo, en el supermercado, sin reparar en otra cosa que los titulares de portada, y se le antojó como un escenario completamente distinto, una hábil histeria de imágenes y tinta, un mundo fugazmente fácil de amar y de odiar, tan fiable y tan evanescente en sus fórmulas, sus guerras y sus errores tipográficos.

Al salir de la tienda vio que la anciana japonesa, con su pelo canoso, avanzaba en dirección a ella. Llevaba una chaqueta acolchada y caminaba con las manos ocultas. Se había introducido los puños apretados bajo las mangas de la chaqueta para conservar el calor, y observó a aquella mujer de mangas en apariencia vacías y se maldijo por no haber pensado en algo así para su obra. Era tan fantástico —sin manos—, era todo lo que precisaba saber sobre la mujer, y habría sido perfecta para la pieza, con aquellas manos inexplicablemente ausentes, y se torturó con el misterio de una figura gesticulante, semiiluminada, sin manos, y sonrió artificialmente a la mujer al pasar junto a ella.

¿Por qué no dejarse hundir? Por qué no dejar que la muerte te sumerja. Por qué negarle a la muerte sus dominios.

¿Por qué la muerte de un ser querido no habría de sumirte en un decaimiento atroz? Uno no sabe cómo amar a las personas que ama hasta que éstas desaparecen de pronto. Entonces comprendes cuán sutilmente distante te hallabas de su sufrimiento, cuánto te protegías a menudo, cuán raramente abrías tu corazón, ocupado en los entramados de tu toma y daca.

Se aferraba a aquellas ideas con todo su ser. Ojos, mente y cuerpo. Se desplazaba por las empinadas calles del pueblo sin ser vista, acariciando aquellas ideas, visitando supermercados y

ferreterías y jugando hasta cierto punto con sus reflexiones en el largo pasillo, entre los cerrojos, las herramientas y la cristalería.

¿Por qué su muerte no habría de sumirte en un escándalo total de vestiduras rasgadas? ¿Por qué habrías de aceptar su muerte? ¿O resignarte a ella mediante un duelo de buen gusto y labios apretados? ¿Por qué renunciar a él cuando puedes recorrer el pasillo y hallar un lugar en el que conservarle a mano?

Húndete más, pensó. Déjate engullir. Déjate llevar.

A veces concebía esa clase de reflexiones motrices, dirigiéndose a alguien que no era exactamente ella, y otras veces de otros modos. Pensaba en rostros flotando en el aire, en el del hombrecillo ausente cuando lograba recordarlo, justo delante de las huesudas cuencas de sus ojos.

Soy Lauren. Pero menos y menos cada vez.

Cuando salió del coche había alguien allí. Aún no había salido del coche, seguía con medio cuerpo dentro, comenzando a desdoblarse, cuando en el sendero una figura se erigió sobre ella.

A punto estuvo de caer de espaldas al asiento. Fue un instante eléctrico. Alzó la mirada hacia él, un hombre corpulento de mediana edad que le hablaba.

Cuando por fin se puso en pie del todo alcanzó a divisar su coche, estacionado junto a la casa. Le escuchó. Se esforzó por escuchar lo que le estaba diciendo, por interpretar la situación y establecer sus límites de un modo preciso.

—Le aseguro que no es mi deseo molestarla. Intenté llamar varias veces. Nadie cogía el teléfono. Lo comprendo perfectamente. Está usted aquí para huir de eso.

—¿Y usted está aquí?

Ahora se sentía irritada. El efecto sobrecogedor, amenazante, comenzó a disiparse. El miedo volvió a difuminarse en su cuerpo, retornando al torrente sanguíneo y a las fibras nerviosas, a los surcos de las yemas de sus dedos, y cerró con fuerza la portezuela del coche, la cerró con un portazo.

—Para hablar de la casa —dijo él con tono algo frío—. Parece que aún es mi casa. De mi mujer y mía.

Retrocedió un paso y giró levemente sobre sus talones para contemplar la casa, incorporándola materialmente al diálogo: su casa. Ahora que la había contemplado ya no cabía ninguna duda.

—Y hay algo de lo que quiere hablar.

—Sí, exacto —dijo él, y pareció estallar en una especie de irradiación rosada, complacido al ver que ella captaba el instante.

Se produjo una pausa. El hombre mostraba un aire ligeramente raído, un malestar tal vez modelado a lo largo de muchos años.

Dijo ella:

—¿Quién invita a quién a entrar?

Él alzó ambas manos.

—No es necesario. Nunca se me ocurriría. No, no, de ninguna manera.

Y se echó a reír ante lo que le había dicho ella. Lo asimiló por fin y se echó a reír con un despliegue de dientes amarillentos. Ella esperó. Aquello comenzaba a interesarle. Empezaba a sentir que iba encajando en algo, que iba sintiéndose cada vez más cómoda allí, en el sendero, junto al dueño de la casa.

—¿Le ha gustado, entonces?

—En general, creo que sí.

—Porque si hay algo.

—No, está todo perfecto, creo. Habitaciones.

—Sí.

—Habitaciones y más habitaciones.

Hacía frío. Se preguntó si sería normal que hiciera tanto frío.

—Sí —dijo él—. Pertenece a la familia. Yo qué sé, desde siempre. Pero mantenerla.

—Ya me figuro.

—El trabajo, la atención. Me temo que tenemos experiencia con familias numerosas. Las interminables, ya sabe, reparaciones, renovaciones. Siempre hay algún arreglo pendiente.

Llegado ese punto, esperó oírle mencionar a Alma, su mujer, así como el hecho de que sus hijos ya eran mayores y vivían en otro lugar.

—Y de hecho, lo que esperábamos.

Su cuerpo se estiró, alargándose hacia arriba con gesto ladeado en una leve epifanía de brillante expectación. Ella le vio en aquel gesto como un hombre que pugnara por liberarse de toda una vida de timidez y reserva.

—Era que no le importara.

Ella le escuchaba, poco menos que divisando sus palabras, y el

hombre le cayó algo mejor, y experimentó una distendida sensación de hallarse alerta, de encontrarse sumida en aquel instante.

—Sí.

—Verá, hay una cómoda. Está almacenada en no sé qué habitación del piso de arriba. Envuelta, creo. Envuelta probablemente en esa tela acolchada que suelen usar. Tal vez se haya topado con ella. Porque estábamos a punto de trasladarla, de recogerla, y luego, no sé por qué, bueno, ya sabe que estas cosas no siempre ocurren cuando deberían. Es un mueble delicado, de dos piezas, y bastante antiguo.

Aquello no era lo que se suponía que debía decir.

—Una de las habitaciones sin usar del piso de arriba, envuelta en edredones. Y lo que nos gustaría —dijo.

Ella reparó en las ramificaciones de las venas de su rostro, un hombre corpulento, sí, y cada vez mayor, cada vez más viejo, con una piel que ya comenzaba a distenderse, con arrugas más profundas bajo los ojos, un hombre que ahora debería decir algo acerca del señor Tuttle, por qué se había marchado y adónde había ido y cualquier otra cosa que hubiera que decir sobre el tipo para aclararlo, para explicarlo y analizarlo.

—Es, si enviamos a alguien a recogerla, si a lo mejor no le importaría la molestia. Hemos intentado llamar y la señora ha llamado, la mujer de la inmobiliaria. Es una vieja reliquia familiar. Pensamos que estaría bien restaurarla y colocarla en nuestro dormitorio, en casa. Llevamos algún tiempo hablando de ello. En la casa de ahora, claro está. Pero entre pitos y flautas.

Parecía temeroso de terminar de hablar porque ella no había dado muestras de lo uno ni de lo otro, y parecía estar desligándose de la escena. Él retrocedió un paso y ejecutó otro medio giro y ambos permanecieron allí, a pesar del frío, el dueño y la inquilina en el sendero de la casa, observándola con aire distraído.

Intentó recordar su aspecto y acto seguido olvidó su nombre. Pero sólo brevemente. Fue tan sólo brevemente y tampoco era su nombre. Era el nombre que ella le había dado.

Por la mañana oyó el ruido.

Sabía que eran las siete y veinte, más o menos, y dirigió la mirada al reloj de la cocina. Exacto.

Comprendió de inmediato que aquél no era el sonido procedente

de la tercera planta. Era distinto, menos agudo dentro de la estructura de la casa, menos furtivo que antes.

Recorrió lentamente las habitaciones, sabiendo que así es como habría de ocurrir: un cántico, una voz masculina entonándolo, la suya, marcando el ritmo de su ascenso por las escaleras, y midió la presión que su mano ejercía sobre la pilastra. Estar aquí es algo que ha sobrevenido. Porque está solitaria, la costa en esta época, y porque tenía que tocar la pilastra cada vez que pasaba junto a ella.

Dejó atrás el rellano y enfiló el pasillo, sintiéndose quién sabe cómo, expuesta, desnuda, tal vez cabría describirla como decapada, si es que eso significa algo, consciente del mundo a cada paso.

Sabía cómo ocurriría, cuando pasara en coche junto a los carteles de nuevos y usados, con pilas de leña almacenadas en todos los cobertizos, ocultas bajo lonas azules junto a los garajes y los graneros. Regresaría a la casa y subiría por la escalera, dejando atrás mudanzas y reparaciones, y recorrería el pasillo del segundo piso, con movimientos armónicos, adaptándose a un cuerpo ocupado en transformarse en el suyo.

Podía oírle en su pecho y en su garganta, hablando con voz hipnótica, y se aproximó a la puerta de su cuarto, de su dormitorio, no especialmente elevado en la estructura de la casa. La habitación del piso de arriba no albergaba nada más que una cómoda envuelta en mantas de mudanza. La época de él residía aquí, junto con su medida o su dimensión, da igual la elaborada frase con que uno haya pensado denominarlo.

En cuanto a ella, era mil veces idiota. Se acercó a la puerta y se sintió idiota por esto y por lo otro, pero no así en su habitación, dejando atrás los carteles de desguaces y nuevos y usados, con leña apilada bajo lonas y plásticos, porque ahí era donde Rey seguía aún intacto en su cuerpo real, impregnados de humo sus cabellos y sus ropas.

Sabía cómo ocurriría, lejos del punto de repetición, porque se negaba a doblegarse ante los límites de la fe.

Tan pronto como penetre en el cuarto ya habrá estado allí, ahora, de noche, desnudándose. Es cuestión de adaptarse al instante, quitándose un jersey cochambroso de espaldas a la cama. Permanece allí de pie, descalza, sacando un brazo del jersey y golpeándose la mano con algo que cuelga. Recuerda la lámpara allí

suspendida, una lámpara completamente absurda para esa habitación, y la pantalla de metal se estremece, y luego se vuelve y mira, sabiendo lo que habrá de ver.

Está sentado en calzoncillos en el borde de la cama, encendiendo el último cigarrillo del día.

¿Acaso eres incapaz de imaginar algo así ni siquiera cuando lo ves?

¿Acaso lo que ocurre es algo tan alejado de tu experiencia que te ves obligada a buscar excusas o a brindarle la mezquina legitimidad de una percepción errónea?

¿Acaso la realidad es demasiado poderosa para ti?

Atrévete. Cree en lo que ves y oyes. Es el latido de todas las impresiones íntimas que sentiste en torno a los límites de tu vida.

Son dos cuerpos reales en una habitación. Así los siente ella, en el corazón astillado de ese medio segundo que se tarda en trasponer el umbral de la puerta, con manos que tocan y frotan, y bocas que se abren lentamente. Su polla se despereza bajo el puño lánguido y rosado de ella. Mantienen los labios entreabiertos en busca de lenguas, pezones, dedos, cualesquiera proyecciones de carne, y susurros de era y es, y sus ojos se abren mutuamente a sus almas.

Se detuvo en el umbral de la puerta, consciente de la expresión de su rostro.

A estas alturas ya se habrán acostado y levantado y habrán bajado a desayunar, y allí se habrán enredado con sus respectivas rutinas, sirviendo la leche y agitando el zumo mientras un arrendajo azul les observa desde el comedero y ella olfatea las semillas de soja. Le resulta lo más fácil del mundo salir al coche y coger las llaves del coche y esconderlas, aplastarlas, golpearlas, devorarlas, enterrarlas en esa tierra grasa en medio de un día intenso y deslumbrante de finales de verano, tras una rugiente tempestad.

Pero antes de entrar en el cuarto pudo percibir la expresión que llevaba en el rostro. Conocía aquella expresión: una máscara de anticipación ficticia.

Se detuvo y aguardó unos instantes para reflexionar sobre aquello. Se detuvo frente a la entrada de la habitación, de cara al pasillo, sintiendo el vacío que la rodeaba. Fue entonces cuando se dejó caer lentamente al suelo, apoyándose en la jamba. Se deslizó con un movimiento giratorio, despacio, casi pensativamente, y abrió

la boca, *oh*, en un gemido que brotó mudo. Se sentó en el suelo junto a la puerta de su dormitorio. Su semblante aún mostraba un friso decorativo, un vestigio ocular que reflejaba la esperanza de futuros prodigios. Una mirada que casi flotaba libre de sí misma, permitiéndole inflar las mejillas para alejarla, igual que hacen los niños.

Pensó que para qué molestarse en mirar allí. Mirar allí sería patético. La habitación daba al Este y estaría bañada por la luz matutina, bajo un sedimento filamentoso de rayos de polvo reluciente y de esa palabra, *motas*, que a su madre tanto le gustaba emplear.

Tal vez todo aquello no era más que una ensoñación erótica. Todo aquello era una urbe erigida para servir a un pensamiento lascivo. No era más que una histérica sexual, ja. Como si ella fuera a creerse algo así.

Permaneció allí sentada, cavilando sobre la vacuidad de su decisión. A continuación se incorporó a lo largo de la jamba, despacio, respirando a fondo, apoyando la espalda sobre la madera acanalada, alzándose desde su posición acuclillada, prolongando extensamente el acto. Su madre había muerto cuando ella tenía nueve años. No era culpa suya. No tenía nada que ver con ella.

Cuando miró, la habitación estaba vacía. Allí no había nadie. La luz era tan vibrante que podía distinguir los verdaderos colores de las paredes y el suelo. Nunca había reparado en las paredes hasta entonces. La cama estaba vacía. La había sabido vacía desde el principio, pero aún estaba poniéndose al día. Contempló la sábana y el edredón arrebujados en su lado de la cama, el único lado que se utilizaba.

Penetró en la estancia y se dirigió a la ventana. La abrió. La abrió de golpe, sin saber por qué lo hacía. Y entonces lo supo. Quería sentir la intensidad del mar en su rostro y el paso del tiempo en su cuerpo, y que le dijeran quién era en realidad.

DON DELILLO (Nueva York, 1936) es un escritor estadounidense de origen italiano, conocido por sus novelas que retratan la vida americana a finales del siglo XX y principios del XXI. Es considerado por la crítica especializada como una de las figuras centrales del posmodernismo literario.

Se tituló en la Universidad de Fordham, tras lo que se dedicó a trabajar como redactor para una agencia de publicidad. Comenzó a escribir siendo un adolescente, gracias a un hábito de lectura intensiva adquirido a lo largo de un empleo aburrido de vigilante de un aparcamiento.

Las obras psicologistas y posmodernas de DeLillo tienen reminiscencias de otros escritores estadounidenses como Dos Passos o Kerouac, en un análisis constante de la psicología del individuo frente a la opresión del poder mediático y corporativo.

Publicó varias novelas que fueron aceptadas positivamente por la crítica pero no alcanzó notoriedad comercial hasta la aparición de la que se considera su mejor obra, *Submundo* (1997). En 1985 ya había obtenido el National Book Award por *Ruido de fondo*, y en 1999 el Premio Jerusalem por el conjunto de su obra.

Además de novela, ha escrito varias obras teatrales y un guión

cinematográfico (*Game 6*, 2005), que fue llevada al cine por Michael Hoffman.